ABENTOFAIL

EL FILÓSOFO AUTODIDACTO

Prólogo del autor

¡En el nombre de Dios, clemente y misericordioso! Bendiga Dios a nuestro Señor Mahoma y a su familia y compañeros, y deles la paz.

Motivo ocasional de este libro: el éxtasis

Me pediste, hermano sincero (Dios te dé la inmortalidad eterna y te haga gozar la perpetua felicidad), que te comunicase aquellos misterios de la Sabiduría iluminativa que me fuera posible divulgar, los cuales menciona el maestro y príncipe [de los filósofos] Abu Ali b. Sina. Has de saber, pues, que el que quiera alcanzar la verdad pura, debe estudiar estos secretos y esforzarse por conocerlos. Tu pregunta ha sugerido en mi ánimo una noble idea, que me ha conducido a la visión intuitiva de un estado [místico o éxtasis], que antes no experimenté, y me ha llevado a un término tan maravilloso, que ni lengua alguna podría describir [su naturaleza] ni razonamiento alguno demostrar [su existencia], porque es de una categoría y de un mundo completamente distinto de ellas; sólo que la alegría, contento y placer que este estado lleva consigo, no permiten que la persona que a él llega o que alcanza algunos de sus grados, pueda ocultarlo y guardarlo secreto, sino que, dominado por la emoción, el entusiasmo, la alegría y la satisfacción, se inclina a manifestarlo, de una manera vaga e indistinta. Si es hombre inculto, habla de él sin tino, hasta llegar a decir alguno, a propósito de este estado: «¡Glorificado sea yo! ¡Cuán grande es mi condición!». Otro dijo: «Yo soy la Verdad». Y otro: «No hay, bajo estos vestidos, sino Dios».

El maestro Abu Hamid al-Gazali [Algazel], cuando alcanzó este estado, aplicóle el verso siguiente:

Sea lo que quiera (que yo no he de decirlo), cree tú que es un bien y no pidas de él noticias.

Pero este [filósofo] era experto tan sólo en los conocimientos racionales y estaba versado únicamente en las ciencias.

Opinión de Avempace acerca del éxtasis

Considera luego las palabras de Abu Bark b. al-Sayg [Avempace] que van a continuación de su tratado, en el que describe la unión: [del entendimiento humano con Dios]: «Cuando se comprende, dice, el sentido oculto a que se aspira, se ve claramente que ningún conocimiento de las ciencias ordinarias puede ser colocado en su mismo rango, y que quien de él se forma idea viene a estar, cuando comprende ese sentido oculto, en una condición [o grado] en el cual se ve a sí mismo, separado ya de todo cuanto antes conoció, con otras creencias que no son materiales, pues que son demasiado nobles para referirlas a la vida física; son estados más bien propios de los bienaventurados, que están ya limpios de toda composición inherente a la vida física, dignos de ser llamados estados divinos, que Dios concede a aquellos de sus siervos a quienes bien le place». A esta condición, que indica Abu Bakr, se llega por el método de la ciencia especulativa y de la investigación racional. Él, sin ninguna duda, la alcanzó y no la perdió nunca.

Por lo que toca al grado que hemos citado primeramente, es distinto de éste, si bien es el mismo en el sentido de que no se manifiesta en él nada que sea diferente de lo que en éste se manifiesta, pero de él se distingue tan sólo por una mayor evidencia; su visión intuitiva se produce por una que nosotros, sólo metafóricamente, llamamos potencia, por no encontrar en la lengua vulgar ni en la terminología técnica nombres que signifiquen esta cosa, en cuya virtud se produce esta especie de visión intuitiva.

Opinión de Avicena acerca del éxtasis

El estado que antes hemos mencionado y a cuya primera intuición o gusto nos ha llevado tu pregunta, es el número de aquellos estados a que aludía el maestro Abu Ali [Avicena] al decir: «Después, cuando el esfuerzo constante por lograr la perfección espiritual y la doctrina ascética han llevado al hombre hasta un cierto grado, se le aparecen fugitivos y gratos destellos de la luz de la Verdad, semejantes a relámpagos, que de pronto alumbran y velozmente se extinguen. Después, se le multiplican estos desvanecimientos extáticos, si persiste en la práctica preparatoria de la disciplina ascética, luego, ahondando más en ella, llega hasta producirlos sin aquel ejercicio. De todas las cosas que vislumbra, solamente considera su relación con la Santidad Divina, aunque dándose alguna cuenta de las cosas mismas. Después, una nueva iluminación le desvanece y ve ya en casi toda cosa a Dios, que es la Verdad. Finalmente, el ejercicio lo conduce a un punto, en que el carácter transitorio [de la intuición] se cambia en permanente, lo fugitivo viene a ser habitual, el relámpago se convierte en estrella brillante, y alcanza el místico ya una intuición definitiva, como si constantemente le acompañase». Sigue luego Avicena describiendo los grados sucesivos, que terminan en la obtención, que es un grado en el cual «lo íntimo de su alma viene a ser como un espejo pulimentado en el cual se refleja un aspecto de la Verdad. Entonces se derraman sobre él los deleites sublimes y su alma se regocija por los vestigios de la Verdad que hay en ella. Tiene ya en este grado una mirada para la Verdad y otra para su alma, fluctuando de la una a la otra, hasta que termina por perder la conciencia de sí mismo, no mirando sino a la Santidad Divina; y si a su alma mira, únicamente lo hace considerándola en cuanto que ella es quien contempla; y entonces es cuando tiene lugar la unión completa». Con estos estados que Avicena describe, quiere sólo significar que ellos son para el [místico] una intuición, y no al modo de la percepción especulativa que se obtiene de razonamientos formados con premisas y consecuencias.

Diferencia entre la percepción mística y la percepción filosófica.

Si quieres un ejemplo que te manifieste claramente la diferencia que existe entre la percepción, tal como la entiende esta escuela [sufí], y la percepción, tal como los demás la entienden, imagínate a un ciego de nacimiento, pero que sea de buen talento natural, de entendimiento penetrante, de memoria tenaz, de espíritu recto, que se haya criado desde su niñez en una ciudad cualquiera, a cuyas gentes conozca perfectamente; que conozca también muchas especies de animales y de minerales, las calles y callejuelas de la ciudad, sus casas, sus mercados, usando sólo de las percepciones de los sentidos que le quedan, hasta el extremo de andar por esa ciudad sin lazarillo y de conocer de primera intención a todo el que se tropieza; los colores, los conoce también por explicación de sus nombres y por algunas definiciones que los designan.

Suponte, pues, que, tras de haber llegado a este estado, sus ojos se abren, adquiere la vista y recorre toda la ciudad, dándole la vuelta. No encontrará en ella nada, distinto de

lo que él se creía, ni cosa alguna, que no reconozca; coincidirán los colores con las descripciones que de ellos se le habían dado.

Solamente encontrará nuevo, en todo esto, dos grandes cosas, consecuencia la una de la otra: una mayor evidencia y claridad y un más grande placer.

El estado de los hombres que investigan la verdad por las solas fuerzas de la razón, que no han alcanzado el grado de la santidad perfecta, es el primer estado del ciego; los colores que en este estado son conocidos sólo por descripción de sus nombres, son aquellas cosas de las que dijo Abu Bakr [Avempace] que son «demasiado nobles para referirlas a la vida física, y que Dios concede a quien le place de entre sus siervos» ; el estado de los hombres que investigan la verdad por las solas fuerzas de la razón, pero que alcanzan el grado de la santidad perfecta y a quienes otorga Dios aquella cosa, que nosotros hemos llamado metafóricamente potencia, es el estado segundo de aquel ciego. Pero es muy raro encontrar un hombre que sea siempre de vista perspicaz, con los ojos abiertos, y que no necesite de la especulación racional.

Y con la frase «percepción de los hombres que investigan la verdad por las solas fuerzas de la razón», no entiendo yo lo que ellos perciben del mundo de la naturaleza física, ni por «percepción de los santos», lo que ellos entienden de lo metafísico, pues estas dos percepciones se diferencian mucho entre sí y no se confunde la una con la otra; lo que yo entiendo por «percepción de los hombres que investigan la verdad por las fuerzas de la razón», es aquello que ellos perciben de lo metafísico o suprasensible, como lo que percibió Abu Bakr [Avempace]. Es condición precisa, en esta clase de percepción, que lo percibido sea verdad positiva, y, por tanto, la diferencia entre la percepción de los que emplean sólo las fuerzas de la razón y la percepción de los santos, está en que éstos conocen lo suprasensible en sí mismo, penetrando su esencia íntima, aparte de una mayor claridad y una gran delectación. Abu Bakr [Avempace] prostituyó este deleite, ofreciéndoselo al vulgo; lo atribuyó a la facultad imaginativa y prometió describir de una manera clara y precisa cómo debe producirse entonces el estado de los bienaventurados. Convendría decirle a este propósito aquello de «no digas que es dulce ningún alimento sin probarlo, ni pisotees los cuellos de los hombres veraces». Pero nuestro hombre no hizo nada de lo que dijo ni cumplió su promesa. Parece que le dificultó su intento la falta de tiempo a que él mismo alude y sus ocupaciones en el viaje a Orán; y acaso vio que, si describía este estado, tendría necesidad de decir cosas que afearan su manera de vivir y que desautorizaran todos los esfuerzos que él había hecho para adquirir y acumular grandes riquezas, y todas las variadas artes con que se ingenió para procurárselas.

Pero nos hemos apartado del propósito a que nos había conducido tu pregunta, un poco más de lo que era necesario.

Naturaleza de la visión extática

Por lo expuesto se ve claramente que tu pregunta tiene por objeto uno de dos fines: puede ser que preguntes por lo que ven los que gozan ya de la visión intuitiva, de la experiencia mística y de la presencia de Dios en la cumbre de la santidad perfecta; y ésta es una de aquellas cosas cuya naturaleza real no puede consignarse exactamente en un libro; y cuando alguno intenta hacerlo y se esfuerza en explicarla por medio de la palabra o de la escritura, la naturaleza real de esto que quiere explicar se cambia y viene

a parar al otro género, al especulativo; porque al revestirse con letras y sonidos y aproximarse al mundo sensible, no le queda absolutamente nada del carácter y condición que antes tenía; y las explicaciones que acerca de ella se dan son, además, varias y muy diferentes: unos se apartan [al dar esas explicaciones] muy lejos del camino recto, creyendo que otros se han apartado, cuando no ha sido así. Y ello se debe únicamente a que se trata de explicar una cosa infinita, que se refiere a una epifanía divina de tan amplios horizontes, que abarca o comprende sin poder ser comprendida o abarcada.

El segundo fin que dijimos podía tener tu pregunta, es que quieras conocer esta cosa por el método de aquellos que investigan la verdad por las solas fuerzas de la razón; y esto (¡hónrete Dios con su santidad!) ya es cosa que puede ser consignada en los libros, y de la cual cabe dar explicaciones; pero ella es más escasa que el azufre rojo, y señaladamente en este país en que vivimos, pues tal conocimiento es en él tan raro, que sólo algún individuo aislado tras otro logran adquirirlo, y el que consigue conquistar algo de ello, no lo comunica a la gente sino por medio de alegorías, porque la religión musulmana y la ley verdadera prohiben dedicarse a su estudio y ponen en guardia contra él.

Estado de los conocimientos místicos en Al-Andalus

Ni vayas a creer que la filosofía que ha llegado hasta nosotros en los libros de Aristóteles y de Abu Nasr [al-Farabi] y en el libro al-Safa [de Avicena] bastan para lograr lo que tú quieres, ni pienses tampoco que ningún andalusí haya escrito acerca de esto nada que sea suficiente. Porque todos los hombres de espíritu elevado que han vivido en al-Andalus, antes de que se divulgase en este país la ciencia de la lógica y de la filosofía, consagraron su vida únicamente a las ciencias matemáticas, alcanzando en ellas un alto grado, y no pudieron estudiar lo demás. Después, sucedió a éstos otra generación que profundizó más que ellos en el conocimiento de la lógica. Éstos sí que especularon ya en esta ciencia, pero ella no les condujo a la verdad perfecta. Hubo entre ellos uno que dijo:

Estoy muy afligido porque las ciencias de los hombres son dos y nada más que dos:

Una, verdadera, cuya adquisición es difícil; y otra, fácil de adquirir, pero inútil.

Escritos de Avempace sobre filosofía

Después de éstos, vino otra generación de hombres más hábiles en la especulación y más próximos a la Verdad. Ninguno hubo entre ellos de entendimiento más fino, de especulación más segura, de visión más veraz, que Abu BaKR b. al-SaYg [Avempace]; pero las cosas de este mundo lo tuvieron tan ocupado, que la muerte lo arrebató antes de que publicase los tesoros de su ciencia y divulgase los secretos de su sabiduría. La mayor parte de las obras suyas que se han conservado están incompletas y sin terminar, como, por ejemplo, su Libro sobre el alma, El régimen del solitario, sus escritos sobre lógica y sobre física. En cuanto a sus obras completas, son libros abreviados y tratados escritos de prisa. Él mismo lo confiesa, diciendo que la idea que trata demostrar en su Tratado de la unión [con el entendimiento activo] no la demuestra claramente este libro, sino después de gran trabajo y dificultad; que el orden de su exposición en algunos lugares no se sujeta al método más perfecto; y que si hubiese podido disponer de más

tiempo, se habría decidido a modificarlo. En este estado ha llegado hasta nosotros la ciencia de este hombre, a quien por otra parte, no hemos conocido personalmente. Respecto a algunos contemporáneos suyos que son considerados como de su mismo nivel intelectual, no hemos visto de ellos ninguna obra, y por lo que toca a sus sucesores y contemporáneos nuestros, o están aún en vías de desarrollo, o se han detenido antes de llegar a la perfección, o no ha llegado a nuestra noticia su verdadera labor.

Escritos de Al-Farabi, conocidos de los españoles

En cuanto a los escritos de Abu Nasr [al-Farabi] que han llegado hasta nosotros, la mayor parte se refieren a la lógica; y los que tratan de la filosofía, contienen muchas cosas dudosas. Así, en el Kitab al-milla al-fadila afirma que las almas de los malos, después de la muerte, permanecen eternamente en tormentos sin fin; pero después, en su Siyasa al-madimiyya, dice francamente que estas almas se disuelven y reducen a la nada, y que no sobreviven, sino las almas virtuosas y perfectas; finalmente, en su comentario al Kitab al ajlaq, describe algo de lo que se refiere a la felicidad humana, y allí dice que sólo se la halla en esta vida y en este mundo. A continuación añade una frase cuyo sentido es: «Y todo lo que se diga, fuera de esto, son chocheces y cuentos de viejas». Esta doctrina hace desesperar a los hombres de la misericordia de Dios, pues pone al bueno y al malo en el mismo nivel, al afirmar que el fin de todos es la nada. Tal aserto es un error que no tiene nombre y una falta que no tiene perdón. Sin contar, además, las perversas teorías que profesa respecto de la profecía, que él cree una propiedad natural de la facultad imaginativa, inferior en rango a la filosofía; con otras muchas cosas que no tenemos necesidad de recordar aquí.

Obras de Avicena referentes a mística

Por lo que toca a los escritos de Aristóteles, el maestro Abu Ali [Avicena] se encarga de explicarnos su contenido y sigue el método de su filosofía en el Kitab al-Safa . Al principio del libro, dice que la Verdad es, en su opinión, cosa distinta de cuanto en el libro trata, y que únicamente lo ha compuesto siguiendo la doctrina de los peripatéticos, pero que quien quiera conocer la Verdad pura, debe leer su Libro sobre la filosofía iluminativa. El que se tome el trabajo de leer el Kitab al-Safa y las obras de Aristóteles, verá con evidencia que coinciden en la mayor parte de las cosas, aunque hay en el Kitab al-Safa algunas que no han llegado a nosotros por medio de Aristóteles. Mas si se toman todas las doctrinas de los libros de Aristóteles y del Kitab al-Safa en su sentido literal, sin tratar de penetrar su sentido secreto y esotérico, no se llegará con ellas a la perfección, según advierte el maestro Abu Ali en su Kitab al-Safa.

Ideas de Al-Gazali en punto a mística

Tocante a los escritos del maestro Abu Hamid [Al-Gazali], hay que advertir que, como habla para el vulgo, ata en un lugar y desata en otro, anatemiza ciertas doctrinas, que después él mismo profesa. Entre las doctrinas de los filósofos que condena como impías en su libro al-Tahafut, está la negación de la resurrección de los cuerpos y la afirmación de que los premios y los castigos recaerán sólo sobre las almas, luego, en el principio de su libro al-Mizan, dice que esta opinión es de los doctores sufíes, exclusivamente; después, en su libro al-Munqid min al-dalal wa-l-mufasih bi-l-ahwal, afirma que el opina lo mismo que los sufíes y que llegó a esta convicción después de un largo examen. Y cosas de esta especie verás muchas en sus libros quien los examine y estudie atentamente.

Ha tratado de excusarse de tal conducta, al final del libro Mizan al-amal, diciendo que hay tres clases de opinión: la que uno profesa acomodándose a la que el vulgo sigue; la que se acomoda a la consulta hecha por el que pregunta y desea ser dirigido; y, finalmente, la que tiene el hombre para sí mismo y que no manifiesta sino a quien comparte sus convicciones. Después de lo cual añade: «Y aunque estas palabras no tuviesen otra virtud que la de hacerte dudar de tus convicciones heredadas, tendrían ya utilidad suficiente; porque el que no duda, no mira; el que no mira, no ve; y el que no ve, permanece en la ceguera y en la perplejidad».

Luego cita este verso proverbial:

Toma lo que ves y deja lo que has oído decir: cuando sale el Sol, te puedes pasar sin Saturno.

Tal es la característica de su doctrina. La mayor parte de ella consiste en alegorías y alusiones, que no le pueden ser útiles sino al que fija en ellas, primero, la mirada de su alma, y luego se las oye a sí mismo interiormente, o al que, siendo de un espíritu despierto, está ya preparado para comprenderlas, porque le basta la más pequeña alusión. En su libro al-Yawahir, dice el mismo autor que él ha compuesto libros esotéricos, en los cuales se contiene la verdad pura; pero, que nosotros sepamos, ninguno de ellos ha llegado a al-Andalus; mejor diré: han llegado libros que algunos piensan que son esos libros esotéricos, pero no es así. Estos libros son el Kitab al-ma'arif al-aqliya, el Kitab al-nafj wa-l-taswiya y una colección de cuestiones, distinta de los libros anteriores. Estos libros, aunque contienen algunas alusiones, no añaden mucha mayor ilustración respecto de lo que ya consta en sus libros conocidos. En el titulado al-Maqsad al-asna se encuentran cosas más oscuras que las tratadas en aquellos libros; él declara que el citado libro no es esotérico, de lo cual resulta necesariamente que los libros de este autor que han llegado [a nosotros] no son los esotéricos. Un autor moderno sospecha que el pasaje que se encuentra al fin de su libro al-Miskat contiene un gravísimo problema, que hace caer a al-Gazali en un precipicio sin salvación. Y es que, después de enumerar allí las clases de hombres ofuscados por los velos de las luces [divinas], al pasar luego a mencionar los que ya han llegado [a la unión con Dios], dice que éstos advierten que este Ser está dotado de un atributo incompatible con la unidad pura. Quieren inferir de aquí que [Algazel] creía que en la esencia del Ser Primero, de la Verdad (¡glorificado sea!), hay cierta multiplicidad. ¿Dios está muy por encima de lo que de Él dicen los hombres injustos! A nosotros, sin embargo, no nos cabe duda alguna de que el maestro Abu Hamid [al-Gazali] fue de los que alcanzaron la felicidad suprema y de que llegó a los grados más sublimes de la unión [con Dios]; pero sus libros esotéricos, los que tratan de la ciencia de la revelación extática, no han llegado hasta nosotros.

Ibn Tufayl se declara discípulo de Al-Gazali y de Avicena, con cierto eclecticismo

Aun así, la verdad a la que nosotros hemos llegado y que es el fin y meta de nuestra ciencia, no la hemos alcanzado sino siguiendo la doctrina de al-Gazali y la del maestro Abu Ali [Avicena], relacionándolas entre sí una con otra y ambas con las opiniones que han aparecido en nuestros días, adoptadas fervorosamente por gentes que hacen profesión de filósofos, hasta que así hemos llegado a alcanzar la Verdad, primero, por el método de la investigación y de la especulación racional, y obteniendo después por la visión intuitiva esta exigua dosis de experiencia mística que ahora gustamos.

Quiere comunicar sus ideas acerca de la mística, y para ello escribe este libro con la historia de Hayy Ibn Yaqzan y la de Absal y Salaman

Entonces nos hemos creído ya en condiciones de decir alguna cosa que deje huella de nosotros, y nos hemos resuelto a que seas tú el primero a quien regalemos lo que poseemos [de estas cosas] y a quien lo expongamos, movidos por la sinceridad de tu amistad y por la pureza de tu cariño. Sólo que si te damos a conocer los resultados a que hemos llegado en esta materia, sin asegurarte previamente en sus principios, no te servirá esto más de lo que te serviría una doctrina sumaria, impuesta por la mera autoridad de un maestro, como tampoco te serviría de nada si nos dieses tu aprobación por causa del cariño y la íntima amistad que nos profesas, y no porque creas que justamente merecemos que se acepten nuestras doctrinas. Nosotros no nos contentaremos tampoco con que tu alcances este grado, ni quedaremos de ello satisfechos si no te elevas luego hasta otro grado que está por encima de él, pues ese grado no te garantiza la salvación, ni mucho menos el acceso al más alto de los grados. Queremos llevarte por los caminos por los cuales nosotros hemos caminado antes que tú; queremos hacerte nadar en el mar que nosotros hemos atravesado primero, para que tú llegues adonde hemos llegado nosotros, y veas lo que nosotros hemos visto, y te cerciores por ti mismo de todo lo que nosotros nos hemos cerciorado, y no tengas necesidad de atar tu ciencia a lo que nosotros hemos conocido. Tal intento exige un espacio de tiempo no pequeño, ausencia de preocupaciones y aplicación de todos los esfuerzos a este género de estudio. Si tomas sinceramente esta determinación y tienes intención pura de trabajar activamente para lograr este fin, alabarás al amanecer tu viaje nocturno, recibirás la bendición divina por tus esfuerzos y habrás satisfecho a tu Señor, que también quedará satisfecho de ti.

Por mi parte, estoy a tu disposición para conducirte cuando quieras por el camino más recto, más libre de obstáculos y accidentes; y aunque por ahora sólo se me aparece una pequeña vislumbre, a modo de estímulo y acicate para entrar en el camino te contaré la historia de Hayy ibn Yaqzan y de Asal y Salaman, a quienes puso nombre el maestro Abu Ali [Avicena]. Su historia sirve de lección a los hombres dotados de penetración, que, sin detenerse en la corteza de los problemas, profundizan lo más abstruso de ellos, su médula y esencia, y «de aviso a todo hombre que tiene corazón, que escucha y que ve».

Historia de Hayy Ibn Yaqzan

Posibilidad de que haya una región en el mundo, en la cual el hombre nazca por generación espontánea

Cuentan nuestros virtuosos antepasados (¡Dios se compadezca de ellos!) que hay una isla en la India, situada bajo la línea ecuatorial, en la cual nace el hombre sin madre ni padre, a causa de ser la temperatura de aquel lugar la más templada de la faz de la tierra y de resultar la mejor dispuesta para recibir los rayos de luz [de la región] más alta. Ciertamente que tal aserto está en contradicción con lo que opina la generalidad de los filósofos y grandes médicos, quienes afirman que la temperatura más templada del mundo es la de los países habitados del cuarto clima. Si dicen esto porque creen cosa segura que no los hay en la línea ecuatorial, a causa de una dificultad propia de aquel suelo, tienen alguna razón al afirmar que el clima cuarto es el más templado en el resto del mundo. Pero si solamente quieren decir con semejante afirmación que los países

situados bajo la línea ecuatorial son muy calurosos, según manifiesta la mayoría de los autores, es un error, cuyo contrario puede demostrarse.

Está admitido como cierto en las ciencias naturales que el calor no puede producirse sino por una de estas causas: el movimiento, el contacto con los cuerpos cálidos, o la luz. También se demuestra en ellas que el sol, por su esencia, no tiene calor propio, ni está dotado de ninguna de las cualidades inherentes a los cuerpos mixtos. Y en las mismas ciencias se prueba también que los cuerpos que mejor reciben la luz son los pulimentados no transparentes, siguiéndoles en esta condición receptiva los opacos no pulimentados; los transparentes sin opacidad alguna no reciben la luz de ninguna manera. Ésta es una de las cosas que sólo el maestro Abu Ali [Avicena] ha demostrado, sin que la hubiera mencionado ninguno de sus predecesores.

Si estas premisas son ciertas, forzoso es concluir de ellas que el sol no calienta a la tierra, en la misma forma en que los cuerpos cálidos calientan a otros cuerpos con los que están en contacto, puesto que el sol, por su esencia, no tiene calor. La tierra tampoco se calienta por el movimiento, porque está inmóvil y en un mismo estado, al tiempo de la salida del sol y al de su puesta, y porque los sentidos nos manifiestan sus diferentes estados de calefacción y de enfriamiento en estas dos fases distintas. Tampoco se puede decir que el sol calienta primero a la atmósfera y, por medio del calor atmosférico, calienta luego a la tierra. Si esto fuera así, ¿cómo explicar que hallemos, en el tiempo del calor, las capas atmosféricas más cercanas a la tierra mucho más calientes que las superiores, más lejanas? Resta, pues, que la calefacción del sol a la tierra se haga únicamente por medio de la luz. Porque el calor sigue siempre a la luz, hasta el extremo de que si la luz se concentra en espejos ustorios, enciende lo que se coloque frente a ella.

Además, consta en las ciencias matemáticas, por demostraciones convincentes, que el sol es de figura esférica, lo mismo que la tierra; que aquél es mucho más grande que ésta; que la parte de la tierra alumbrada por el sol es siempre más de su mitad; que de esta mitad alumbrada de la tierra, la parte que en todo tiempo tiene más cantidad de luz es la central, porque es el lugar más retirado de la oscuridad y porque presenta frente al sol una superficie mayor; y que lo más cercano a la periferia tiene menos luz, hasta llegar a la oscuridad en la periferia del círculo que constituye la parte iluminada de la tierra.

Solamente un lugar es el centro del círculo de la luz, cuando el sol está en el cenit de los que habitan en aquel lugar, en tal caso, el calor será allí el más fuerte posible. Si el lugar es tal, que el sol se aleja en él de su cenit, el frío será muy fuerte; si el lugar es tal, que el sol gira en él hacia su cenit, el calor será extremo. Mas la astronomía ha demostrado que en la superficie de la tierra situada sobre la línea ecuatorial, el sol no está en el cenit sino dos veces en el año: cuando pasa por los signos de Aries y Libra, respectivamente; en el resto del año está seis meses al Norte y otros seis al Sur; no tienen, pues, en esta línea ni calor ni frío excesivos, y su clima es, por tanto, siempre uniforme.

Esta doctrina exige una demostración más extensa que la expuesta y que no cae dentro de nuestro propósito; solamente la hemos hecho notar, por ser una de las cosas que confirman la exactitud de la opinión que admite la posibilidad de que en esta región el hombre nazca sin madre ni padre.

Algunos cortan la cuestión y resuelven diciendo que Hayy ibn Yaqzan es uno de los que han nacido en esta región, sin madre ni padre. Otros lo niegan, y cuentan la historia de ese asunto en la forma que te vamos a referir.

Opinión de los que creen a Hayy hijo de una princesa, que para evitar el deshonor se ve obligada a abandonarlo, arrojándolo al mar

Dicen que enfrente de esta isla en la que Hayy vivió, había otra, más grande, de playas extensas, de muchas riquezas y muy populosa, en la cual reinaba un hombre de carácter altanero y orgulloso. Este rey tenía una hermana, a quien impedía contraer matrimonio. Rechazaba todos los pretendientes, por no encontrar ninguno que le pareciera digno de ella. La joven tenía un vecino, llamado Yaqzan, con quien casó secretamente, según uso permitido por la religión dominante entonces en aquel país. Ella concibió de él y parió un niño. Y temiendo que se descubriese su deshonor y se revelase su secreto, colocó al niño (después de haberle dado el pecho) en una caja, cuya cerradura aseguró; salió con su preciosa carga al principio de la noche, acompañada de sus esclavas y personas de confianza, hacia la orilla del mar, llevando su corazón abrasado de amor hacia el niño y lleno de temor por su causa. Luego, se despidió de él diciendo:

«¡Oh, Dios! Tú eres quien ha creado este niño, que no era nada ; Tú lo has alimentado en lo profundo de mis entrañas y Tú te has cuidado de él hasta que ha estado acabado y perfecto. Temerosa de este rey violento, orgulloso y terco, yo lo confío a tu bondad, y espero que le concederás tu favor. Está a su lado y no lo abandones, ¡oh, el más piadoso de los piadosos!». Después arrojó la caja al agua. Una ola impetuosa la arrastró y la llevó, durante la noche, a la playa de la vecina isla, anteriormente citada.

Hayy, salvado en tierra, es recogido por una gacela

La marea llegaba en aquel entonces a un lugar al que no podía alcanzar hasta pasado un año. La ola llevó la caja a un bosquecillo de espesa maleza, de suelo agradable, resguardado contra los vientos y la lluvia, a cubierto del sol, cuyos rayos «no podían penetrar allí, mientras que subía ni mientras que bajaba».

Después la marea empezó a bajar, y la caja quedó en aquel sitio. Las arenas subieron, hasta el punto de impedir la entrada de agua al bosquecillo y de no permitir que las olas llegaran hasta él.

Cuando el movimiento del agua arrojó la caja a este lugar, se habían roto sus cerraduras y desunido las tablas. El niño, atormentado por el hambre, comenzó a llorar, a sollozar y a intentar moverse. Su llanto llegó a oídos de una gacela, que había perdido su cría. El animal siguió la voz creyendo que era la de su cachorro, y llegó hasta la caja. Intentó abrirla con sus pezuñas, a la vez que el niño, desde dentro, empujaba al moverse, hasta que saltó una tabla de la caja. La gacela tuvo compasión del niño, sintió cariño hacia él y le presentó sus pezones, dándole de mamar toda la leche que él quiso. Después no dejó de visitarle, y le crió apartándole de todos los peligros.

Tales son los principios de la historia de Hayy, según los que niegan el nacimiento sin padre ni madre. Después contaremos nosotros cómo se crió y los progresos que tuvo hasta alcanzar la más alta perfección.

Explicación que dan los partidarios del nacimiento de Hayy por generación espontánea

Los que opinan que nació sin padre ni madre, dicen: Que en el centro de esta isla existía una arcilla o tierra que había fermentado en el transcurso de los años, de manera que el calor y el frío, la humedad y la sequedad se habían mezclado en ellas por partes iguales y con perfecto equilibrio de fuerzas. Era la fermentada una cantidad muy grande, y parte de ella superaba a la otra por la exactitud de la composición y por la disposición para formar los humores seminales. La parte central de aquella tierra era la más proporcionada y la que tenía un parecido más perfecto con el compuesto humano; al agitarse, produjo, por causa de su viscosidad, unas burbujas, como las del agua que hierve. En el centro de ella apareció una burbuja pequeñísima, dividida en dos partes por una finísima membrana, y llena de un cuerpo sutil, aéreo, constituido exactamente según las convenientes proporciones. Entonces se unió a este cuerpo el espíritu que emana de Dios, con una unión tan perfecta, que ni los sentidos ni la razón pueden concebir que se separe.

Emanación del espíritu

Pues está demostrado que este espíritu emana perennemente de Dios, el Glorioso, el Alto. Es comparable a la luz del sol, que constantemente se extiende sobre el mundo. Hay cuerpos que no reflejan su luz, como es el aire muy transparente. Hay otros que la reflejan en parte; tales son los opacos no pulimentados; estos difieren en cuanto a la reflexión, y, en la misma forma, respecto a sus colores. Y otros cuerpos la reflejan en el más alto grado; éstos son los pulimentados, como los espejos y sus semejantes; y si los espejos son cóncavos de una forma determinada, se produce en ellos el fuego por el exceso de luz. Lo mismo es el alma, que emana de Dios: fluye, se extiende sobre todos los seres. Y hay algunos que no manifiestan los vestigios de ella, porque les falta aptitud; tales son los minerales, que no tienen vida: corresponden al aire en el ejemplo citado. Otros hay que los muestran, según sus diversas aptitudes; así, las distintas clases de plantas; corresponden a los cuerpos opacos del mismo ejemplo. Y otros que lo hacen completamente; tales son las diversas especies de animales: corresponden a los cuerpos pulimentados en el ejemplo anterior. Hay cuerpos pulimentados que tienen una gran capacidad receptiva de la luz del sol, hasta el punto de reflejar una imagen semejante. Así también entre los animales los hay que reciben muy fácilmente el espíritu, hasta el punto de que lo reflejan y son hechos a su imagen. El hombre es el más especial de estos animales y a él se alude en el dicho del Profeta: (¡bendígale Dios y sálvelo!) «Creó Dios a Adán a su imagen». Y si en el hombre se robustece esta imagen, hasta el extremo de que las demás imágenes o formas se desvanezcan ante aquélla, quedando sola y consumiendo la majestad de sus esplendores todo cuanto la misma alcanza, entonces viene el hombre a ser algo así como el espejo cóncavo que incendia todos los demás objetos en el ejemplo anterior. Tal cosa no acaece sino en los Profetas (¡las bendiciones de Dios sean sobre ellos!). Todo está demostrado en los lugares correspondientes.

Pero, en fin, veamos qué es lo que opinan quienes creen en este modo de generación.

Las potencias se someten al espíritu

Una vez que el espíritu -dicen- fue fijado en aquel lugar, se le sometieron todas las potencias y se inclinaron completamente ante él por orden de Dios.

Enfrente de este receptáculo se formó otra burbuja, dividida en tres compartimentos, a los que separaba una membrana finísima y comunicantes por aberturas, llenos de un cuerpo aeriforme parecido al que ocupa el recinto primero, pero todavía más tenue que él; en estos tres departamentos, divididos de una sola concavidad, se alojaron una porción de aquellas potencias que se habían sometido al primer espíritu. Éstas fueron encargadas de guardar a las otras, de cuidarlas y de hacer llegar al espíritu, colocado en el primer receptáculo, todas las modificaciones, pequeñas o grandes, que en ellas se observasen.

Enfrente del primero, por la parte opuesta al segundo receptáculo, se formó una tercera burbuja, llena de un cuerpo aeriforme, pero más denso que los dos primeros, y en el cual se alojó otra parte de las potencias sometidas, que fue encargada de guardarlas y cuidarlas.

Los tres departamentos fueron lo primero que se formó de la arcilla fermentada, por el orden que hemos dicho. Tenían necesidad unos de otros: el primero necesitaba de los demás para hacerse servir y obedecer, y éstos de aquél, como los dirigidos precisan del director, y los gobernados del gobernante; todos eran, por razón de los miembros formados de ellos, gobernantes y no gobernados; uno, el segundo, era superior al tercero en poder directivo.

Formación del corazón y del resto del cuerpo

El primero de estos tres, una vez que se le unió el espíritu y se desarrolló su calor, tomó la figura cónica del fuego; el cuerpo denso que lo rodeaba, la tomó también, y vino a ser una carne dura, por encima de la cual se formo una envoltura membranácea que la protegía. La totalidad de este órgano se llamó corazón. Como el calor produce la disolución y destrucción de los humores, este órgano necesitaba de alguna cosa que lo repusiese, lo alimentase y le restituyera continuamente lo que perdía y sin lo cual no podía subsistir; también necesitaba percibir lo que le convenía, para adquirirlo, y lo que le era contrario, para rechazarlo. Uno de los órganos, por medio de las potencias, de las que era asiento y origen, se encargó de satisfacerle la primera necesidad; y el otro órgano se encargó de subvenir a la segunda. El encargado de la percepción fue el cerebro; y el de la alimentación, el hígado. Estos dos órganos necesitaban del corazón, para que los proveyese de su calor y de las fuerzas peculiares a cada uno de los dos, pero originarias de aquél. Para esto se formó entre los citados órganos una red de sendas y de caminos, unos más anchos que otros, según pedía la necesidad: las arterias y las venas.

Después siguen describiendo los partidarios de esta teoría la creación de todo el cuerpo, en la forma en que los físicos entienden que se desarrolla el embrión en la matriz, sin omitir detalle, hasta llegar a la formación completa del organismo y de sus miembros, y hasta el momento en que el feto está preparado para salir del vientre de la madre. En toda esta exposición, han acudido a la hipótesis de la arcilla grande y fermentada, que era apta para sacar de ella todo lo que es preciso en la formación del hombre: las membranas que protegen el feto. Cuando estuvo completamente formado, estas envolturas se separaron de él, como ocurre en el parto, y se abrió el resto de la arcilla por acción de la sequedad. Después, el niño empezó a gritar, a causa de la falta de alimento y acuciado por el hambre. Una gacela que había perdido la cría, vino en su auxilio.

Hayy es criado por la gacela y vive los primeros años entre estos animales

Desde aquí coinciden los partidarios de la segunda versión con los de la primera, respecto al crecimiento del niño. Dicen, de común acuerdo, que la gacela que lo había recogido, encontró pastos abundantes y fuertes y engordó; tuvo mucha leche, hasta el extremo de criarlo de la mejor manera posible. Estaba con él, sin apartarse de su lado más que cuando le obligaba la necesidad de ir a pacer. El niño se acostumbró de tal modo a la gacela, que, cuando se retardaba, con su llanto la hacía volver apresuradamente a su lado.

Creció el niño, en esta isla, libre de animales dañinos, criándose con la leche de la gacela, hasta alcanzar los dos años de edad. Aprendió a andar y echó los dientes. El niño la seguía, y ella era buena y complaciente con él. Lo llevaba a los sitios en que había árboles frutales, y le daba a comer los frutos que se caían del árbol, dulces y maduros; si tenían cáscara dura, los partía con sus muelas; cuando él volvía a las ubres, lo amamantaba; cuando quería agua, lo llevaba a abrevar; si el sol le molestaba, lo ponía a la sombra; si tenía frío, lo calentaba; y al llegar la noche, conducíale a su primera guarida y lo cubría con su mismo cuerpo y con plumas que quedaban allí, resto de las que había en la caja en que lo arrojaron al mar. Un rebaño de gacelas tenía costumbre de acompañarles al pasto por la mañana y por la tarde, y de pasar la noche en el mismo lugar que ellos. El niño siguió viviendo con las gacelas en la forma dicha; imitaba los gritos de ellas con su voz, hasta el punto de no hallarse diferencia entre ambos, y del mismo modo reproducía, con gran exactitud, todos los cantos de pájaros o gritos de otras especies de animales que oía. Pero lo que mejor imitaba eran los gritos que daban las gacelas en demanda de socorro, para comunicarse, para pedir algo o para rechazarlo; porque los animales en cada uno de estos distintos estados, dan un grito diferente. Ellos y Hayy se conocían mutuamente, y no se repelían ni se trataban como extraños. Cuando se habían fijado en el espíritu del niño las representaciones de las cosas, una vez desaparecida su percepción actual, nacía en él o el deseo hacia algunas de ellas, o la aversión respecto de otras.

Observa Hayy las diferencias que tiene respecto de los demás animales, viéndose inferior a ellos

A la vez que todo esto, él miraba a los demás animales y los veía revestidos de pelo, de lana o de pluma; observaba su rapidez para la carrera, su fuerza y las armas de que estaban dotados para rechazar al que los persiguiese, como, por ejemplo, los cuernos, los colmillos, los cascos, los espolones, las garras.

Luego, contemplándose a sí mismo, veía su desnudez, su falta de armas, su lentitud para la carrera, su poca fuerza respecto de los animales que le disputaban los frutos, que se los apropiaban en contra de su voluntad y le vencían en la lucha, sin que pudiese repelerlos ni escapar de ninguno de ellos.

Veía también que a sus compañeros, los hijos de las gacelas, les salían cuernos que primeramente no tenían; que se volvían fuertes en la carrera, cuando antes eran débiles. Y en sí mismo no veía nada de esto; reflexionaba acerca de ello y no encontraba la causa. Y al no hallar en sí mismo ningún parecido con los animales, los juzgaba deformes o enfermos. Se puso a observar los esfínteres en los otros animales, y vio que estaban resguardados: el anal por las colas; el urinario por pelos o cosa parecida,

además de que sus uretras estaban más ocultas que la de él. Estas observaciones le afligían y atormentaban.

A los siete años de edad, Hayy se viste con hojas de los árboles y emplea varas como armas en su lucha con los animales

Como su tristeza por tal causa se prolongase mucho tiempo y, llegando a tener cerca de siete años, desesperase de alcanzar aquellas cosas cuya falta le producía dolor, cogió hojas grandes de árboles, y unas se las puso por detrás y otras por delante, e hizo con hojas de palmera y de esparto un cinturón que rodeó a su cuerpo, con el cual sujetó las hojas. Pero éstas tardaron poco tiempo en marchitarse, secarse y caer. Siguió cogiendo otras y las colocaba en capas superpuestas; quizá duraban algo más, pero siempre poquísimo tiempo. Tomó ramas de árboles como lanzones, las igualó en sus extremos, las unió por las puntas y las empleaba contra los animales con quienes peleaba, atacando a los más débiles y resistiendo a los más fuertes. Entonces concibió cierta idea de su poder y vio que su mano tenía una gran superioridad sobre las garras de los animales, puesto que con ella le era posible cubrir sus vergüenzas y coger bastones con los que se defendía de los seres que le rodeaban, lo cual le permitía pasarse sin cola y sin armas naturales.

Se viste con las plumas y la piel de un águila muerta

Durante este intervalo creció y sobrepasó los siete años de edad. Siguió teniendo el cuidado de renovar las hojas con que se cubría. Entonces le ocurrió la idea de coger la cola de un animal muerto para colocársela él mismo; sólo que como había visto que los animales vivos se guardaban de los muertos y huían de ellos, no se atrevía a hacerlo; hasta que un día encontró por casualidad un águila muerta y pudo realizar su deseo. Aprovechó la ocasión viendo que los animales no se asustaban de ella, y se dirigió adonde estaba; cortó las alas y la cola, enteras y cabales; le arrancó el plumaje; quitóle el resto de la piel y la dividió en dos partes: una se la colocó él mismo a la espalda, y la otra sobre el ombligo y las partes pudendas; colgóse la cola sobre el trasero y las dos alas sobre sus brazos. Hayy adquirió así un vestido con que cubrirse y calentarse y con que imponer respeto a todos los animales, hasta el punto de que ninguno peleaba con él, ni le resistía, ni se le acercaba ya más, excepto la gacela que lo había amamantado y criado; ambos, jamás se separaron.

Muerte de la gacela: Hayy trata de explicarse este fenómeno

La gacela envejeció y enfermó. Hayy la llevaba adonde había buenos pastos, le cogía frutos dulces y se los daba a comer. Pero la debilidad y la extenuación no dejaron de seguir en aumento, hasta que al fin le sobrevino la muerte; pararon todos sus movimientos y cesaron todos sus actos. Cuando el niño la vio en aquel estado, se afligió vehementísimamente y poco faltó para que muriese de dolor.

Llamábala con el grito con que ordinariamente se buscaban, alzando la voz todo lo fuerte que podía; pero no veía en ella ningún movimiento ni cambio alguno.

Miraba sus orejas y sus ojos y no observaba en ellos daño manifiesto; asimismo miraba sus restantes miembros, y en ninguno de ellos encontraba lesiones.

Deseaba ardientemente descubrir el lugar donde radicase el mal, para quitárselo, y que volviese al estado anterior; pero nada de esto se le manifestaba, y él nada podía hacer.

Lo que a Hayy había inspirado esta idea fue algo que observara en sí mismo anteriormente: notó que si cerraba los ojos o los tapaba con un objeto cualquiera, no veía nada hasta que se removía aquel obstáculo; que si metía los dedos en los oídos y los apretaba, nada oía mientras que no desaparecía tal impedimento; que si se tapaba las narices con los dedos, no percibía ningún olor hasta que las abría de nuevo. De esto dedujo que todas las facultades de percepción y de acción tenían en la gacela obstáculos que les impedían [ejercitarse], y que si él pudiera libertarla de ellos, volverían a obrar.

Piensa que la muerte de la gacela había sido originada por un daño en algún miembro oculto del cuerpo

Como hubiese examinado todos los miembros externos del animal sin encontrar en ellos daño aparente, y a la vez hubiese visto que la inacción era total y no limitada a un miembro determinado, pensó que el daño que la había conducido a aquel estado radicaba en un órgano oculto a sus ojos, situado en el interior del cuerpo; supuso que aquel sería indispensable a los otros exteriores para sus acciones respectivas; y que, cuando sufre una lesión, se generaliza el daño y viene la paralización total. Suponía que si encontraba este órgano y quitaba de él [el obstáculo] que le había sobrevenido, volvería la gacela a su primer estado, habría de extenderse por todo el cuerpo el alivio y recuperaría sus funciones como anteriormente las tenía.

Este órgano debe radicar en el centro del cuerpo

Ya antes había observado, en los cadáveres de los animales salvajes y otros, que todos sus miembros eran macizos, y que sólo tenían concavidad el cráneo, el pecho y el vientre. Entonces pensó que el órgano en cuestión debía radicar en uno de estos tres lugares. Iba venciendo en él poderosamente la idea de que acaso se hallaría en el medio de esos tres lugares, puesto que él creía firmemente que todos los otros órganos del cuerpo necesitaban de él, y, según esto, era necesario que se hallase situado en el centro; a más de que si ponía atención en sí mismo, sentía en su pecho algo semejante a lo que sospechaba. Y como quiera que, suspendiendo la acción de sus miembros, como la mano, el pie, el oído, la nariz y el ojo, podía privarse de ellos, juzgó que no le eran indispensables; pero cuando reflexionaba sobre este algo que tenía en su pecho, veía que no podía prescindir de él, ni durante un abrir y cerrar de ojos.

Asimismo, en sus luchas con los animales, lo que más procuraba librar de sus cuernos era el pecho, por la presunción de lo que dentro de él hubiera.

Una vez que tuvo el convencimiento de que el miembro en el que había acaecido el daño a la gacela no podía estar más que en su pecho, se resolvió a observarlo y a examinarlo, pues quizá encontrase allí el obstáculo, y, en este caso, lo quitaría del animal. Pero temió que lo que iba a hacer fuese peor que el mal existente y ocasionase a la gacela un perjuicio [irreparable]. Luego, reflexionó si acaso había visto algún animal salvaje o semejante que, habiendo venido a parar a este estado [a la muerte], volviera de nuevo a su primera condición, y no encontró ninguno. Desesperó, por tanto, de que la gacela volviese a ser como era, si él la abandonaba, y, en cambio, le quedaba alguna

esperanza de que pudiese revivir, si encontraba el órgano indicado y quitaba de allí el mal. Se decidió, pues, a abrirle el pecho y a buscar lo que en él hubiese.

Hayy hace la disección de la gacela y halla el corazón

Cogió trozos de piedras duras y astillas de caña seca, semejantes a cuchillos, y con ellas hizo una incisión por las costillas, hasta cortar la carne que hay entre ellas, llegando a la envoltura interior de las costillas[la pleura].

Al verla resistente, se fortificó su creencia de que semejante envoltura no podía servir sino para un órgano como [el que él deseaba hallar]. Esperaba que, de pasar adelante, encontraría lo que iba buscando, y quiso cortarla; pero esto le era difícil por la falta de instrumentos, puesto que no tenía más que piedras y cañas. Las repasó, las aguzó y se esforzó por hendir la envoltura, hasta que logró cortarla y se encontró con el pulmón. Al principio creyó haber hallado lo que iba buscando, y no cesaba de examinarlo y de investigar el sitio en el que pudiese estar el mal, pero de primera intención sólo encontró la mitad del pulmón, que está en un lado del pecho, y cuando la vio inclinada hacia un costado (como él entendía que el órgano [que buscaba] no podía estar más que en el centro, así a lo ancho como a lo largoo del cuerpo), no dejó de sondear en el centro del pecho, hasta que dio con el corazón. Violo revestido de una envoltura extremadamente fuerte, sujeto por ligamentos muy sólidos, rodeado por el pulmón en el sitio en que empezó a cortar. «Si este órgano - decía Hayy entre sí- tiene por el otro lado una parte igual a la de éste, sin duda ninguna está en el centro y no hay dificultad en que sea el que yo busco, sobre todo considerando la excelencia de su posición, la elegancia de su forma, su gran cohesión, la dureza de su carne y la envoltura que lo protege, distinta de la que tienen los restantes órganos que conozco». Examinó por el otro lado del pecho y encontró la envoltura interior de las costillas y un pulmón igual que el primero. Juzgó, pues, que este órgano, el corazón, era el que buscaba. Quiso rasgar la envoltura del corazón y abrir sus membranas. Lo consiguió, no sin trabajo y esfuerzo, después de haber puesto en el intento su mayor diligencia.

Después de un minucioso análisis del corazón, Hayy se convence de que el ser que había en sus compartimentos se ha marchado

Puso al descubierto el corazón y lo halló macizo por todos sus lados. Miró para ver si encontraba en él algún daño aparente, y nada vio. Lo apretó con la mano y notó que estaba hueco. «Tal vez lo que busco -pensó- sólo se halla dentro de este órgano, y hasta ahora no he dado con ello». Abrió, pues, el corazón y encontró en él dos cavidades: una al lado derecho, otra al izquierdo. La del derecho estaba llena de sangre coagulada; la otra, vacía completamente. «Es preciso -reflexionó- que lo que yo busco se encuentre en uno de estos dos compartimentos. En el de la derecha no veo más que sangre cuajada; no hay duda de que la coagulación no se ha verificado hasta que todo el cuerpo ha venido a parar al estado [actual]» (porque Hayy había observado que la sangre, cuando fluye y sale del cuerpo, se coagula y espesa). «Esta sangre debe de ser como todas las demás; noto que se halla en todos los órganos, y no exclusivamente en uno. Ahora bien, lo que busco no es una cosa de esta naturaleza; la que anhelo encontrar es algo que tenga a este miembro como lugar propio suyo y sin la cual no puedo subsistir ni siquiera un instante, y tras la que voy desde el principio. Por lo que toca a la sangre, ¡cuántas veces me han herido los animales en la lucha y he derramado gran cantidad, sin sentir daño alguno, ni perder nada de mis facultades! En este comportamiento, pues, no está lo

que yo busco. En cuanto al de la izquierda lo veo absolutamente vacío; pero no puedo creer que sea inútil. Yo he visto que cada órgano tiene su función propia. ¿Cómo ha de ser inútil ese compartimiento, cuya perfección he comprobado? No puedo menos de creer que lo que busco estaba en él, pero que se ha marchado y lo ha dejado vacío; y a consecuencia de esto ha sobrevenido al cuerpo la paralización actual, ha perdido las percepciones y se ha visto privado de los movimientos». Y cuando vio que el ser, habitante de aquel compartimiento, se había marchado antes de su disgregación, abandonándolo, intacto aún, juzgó más natural pensar que no había de volver después del daño y destrucción que se le había ocasionado.

Siente desprecio por el cuerpo y admiración por el ser que lo gobernaba

Entonces el cuerpo entero le pareció vil y sin valor, en relación con aquel ser, de cuya residencia allí durante algún tiempo estaba firmemente convencido, y se apartó del cadáver en seguida. Concentró, pues, toda su reflexión sobre aquel algo, [intentando averiguar] qué y cómo era, qué nexo tenía con el cuerpo, adónde se había ido, por qué puertas salió al abandonarlo, qué causa lo expulsó, y si su salida fue obligada, o qué motivo le hizo odioso el cuerpo, hasta el extremo de abandonarlo, si esto sucedió por propia voluntad. Reflexionó mucho sobre estas cuestiones; perdió de vista el cuerpo y dejó de pensar en él.

Comprendió que su madre, que tan buena fue siempre con él y lo había amamantado, era sólo el algo que había desaparecido y del cual emanaban todos sus actos, y no aquel cuerpo inerte, que realmente sólo era como un instrumento, a semejanza de las estacas que el cogía para pelear con los animales. Apartó desde entonces todo su afecto del cuerpo, para ponerlo en el dueño y motor de él, y sólo para éste tuvo cariño.

A imitación de un cuervo, Hayy entierra a la gacela que lo había criado

Comenzó entonces el cadáver a corromperse y a exhalar olores pestilentes; lo cual acrecentó la aversión que le había tomado y tuvo deseos de no verlo más.

Observó entre tanto a dos cuervos que luchaban y cómo uno de ellos abatía muerto al otro. Después el superviviente se puso a escarbar el suelo hasta que hizo un hoyo, en el cual enterró al cadáver. «¡Qué bien está -dijo entre sí el niño- lo que hace este cuervo enterrando el cadáver de su compañero, aunque realmente haya obrado mal en matarlo! ¡Con cuánta más razón debo yo realizar este acto con mi madre!». Y cavó una fosa, poniendo en ella los restos de la gacela y cubriéndolos después con tierra.

Hayy toma cariño a las gacelas; no halla en la isla ningún individuo de su propia especie, y cree que todo el mundo se reduce a aquella isla

Siguió meditando acerca de aquel algo que gobierna el cuerpo, sin comprender lo que era. Pero como había observado a todas las gacelas individualmente, viendo que eran de la misma forma y figura que su madre, dominaba en él la idea de que cada una de ellas era movida y dirigida por algo semejante a lo que había movido y dirigido a su madre; y de frecuentar el trato de las gacelas, les tomó cariño a causa de tal semejanza.

Así continuó durante un largo espacio de tiempo, examinando cuidadosamente todas las especies de animales y de plantas. Recorrió las playas de la isla, para buscar si existía

algún semejante suyo, según había visto que los tenían todos los individuos, animales o vegetales, y no encontró ninguno. Y habiendo observado que el mar rodeaba la isla por todas partes, creyó que no existía más tierra que aquélla.

Conoce Hayy el fuego y lo mantiene vivo en su cueva; aprende a comer carne asada y se ejercita en la caza y en la pesca

Ocurrió cierto día que, al frotar por acaso unas cañas secas, prendióse fuego en el montón. Cuando se dio cuenta, quedó aterrado ante el espectáculo, y observó que era de una naturaleza desconocida para él. Detúvose lleno de admiración, aunque sin dejar de acercarse a él lentamente. Vio el resplandor de su llama, su irresistible acción, hasta el punto de que todo lo que se le acercaba era atraído y convertido prestamente a su propia naturaleza. La admiración que sentía por el fuego, acuciada por el natural ingenio y audacia con que Dios le dotara, lleváronle a extender las manos hacia la llama para cogerla; pero cuando la tocó, quemóse los dedos sin lograr sujetarla. Entonces pensó agarrar un tizón que el fuego no hubiese consumido por completo; lo tomó por el extremo intacto, mientras que el otro estaba ardiendo, y llevóle al lugar que le servía de abrigo, una cueva profunda, escogida para habitación tiempos atrás. No cesó desde entonces de alimentar la hoguera con hierbas secas y trozas de ramas, permaneciendo a su lado día y noche, alegre y admirado de verla. Aumentaba durante la noche el agrado de su compañía, puesto que reemplazaba al sol en la luz y en el calor; y en la oscuridad nocturna, agrandándose, lo iluminaba; llegó a creer que era la cosa más excelente que había a su alrededor. Al notar que siempre se movía verticalmente, tendiendo hacia arriba, robustecíase su creencia de que el fuego era una de las sustancias celestiales, que vagamente percibía. Experimentaba la fuerza de acción del fuego respecto de las demás cosas: si las arrojaba en él, veíalo adueñarse de todo, rápida o lentamente, según que el cuerpo echado a su seno fuera más o menos combustible.

Para experimentar la energía del fuego, le echó, entre otras cosas, varias especies de animales marinos, que las olas habían arrojado a la playa. Cuando se hubieron asado y Hayy aspiró su olor, excitósele el apetito. Comiólos y le gustaron, con lo cual fue acostumbrando su paladar a la carne. Desde entonces se ingenió para la pesca y la caza, llegando a ser habilísimo en ambas. Y aumentó cada vez más el afecto que tenía al fuego, ya que mediante su acción había encontrado alimentos buenos que antes desconocía.

Sospecha que el ser desaparecido del corazón de la gacela fuera de la misma naturaleza del fuego

Habiendo crecido su pasión hacia este elemento, por la excelencia de sus efectos y por la grandeza de su poder, que Hayy observara, llegó a pensar si lo [94] que había desaparecido del corazón de la gacela, su nodriza, sería una sustancia de la misma naturaleza o del propio género. Le confirmó en esta idea lo que había visto en los animales: o sea, que tienen calor en vida y frío después de muertos; y esto siempre, sin excepción alguna; y también lo que en sí mismo había notado: a saber, la fuerza del calor en su pecho, en el lugar correspondiente a aquel por el cual él abriera a la gacela. Imaginó que si cogía a un animal vivo, le abría el corazón y observaba el compartimento que hallara vacío cuando abrió el de su nodriza, acaso lo encontrase lleno de aquel algo que en él reside, y podría comprobar si efectivamente era de la misma sustancia del fuego y si tenía o no luz y calor.

Después de hacer la disección de animales vivos, se convence de la existencia del alma animal, que gobierna al cuerpo

Cogió un animal, atóle por las paletillas y lo abrió, de la misma forma que había hecho con la gacela, hasta llegar al corazón. Buscó primeramente el lado izquierdo y, al abrirlo, encontró ese compartimiento lleno de un aire vaporoso, semejante a una niebla blanquecina. Metió en él su dedo, notando tal calor, que estuvo a punto de quemarse; el animal murió en seguida.

Entonces se convenció [de varias cosas]: de que este vapor caliente era el que movía a aquel animal; de que los demás tenían otro semejante, y de que cuando se retiraba de ellos, perecían.

Sintió, pues, el deseo de examinar los restantes miembros del animal, su organización, sitios, número y modo de estar unidos entre sí; cómo este vapor caliente se extiende por ellos hasta darles la vida; cómo se conserva mientras el cuerpo subsiste; por dónde se expande; por qué no se pierde su calor. Siguió [estudiando] todas estas cosas por la disección de los animales vivos y muertos, y no dejó de observarlas atentamente y de reflexionar sobre ellas, hasta llegar a saber de estos asuntos tanto como los grandes físicos. Adquirió la certeza de que todo animal, individualmente, a pesar de la multiplicidad de sus miembros y de la variedad de su sensaciones y movimientos, es uno por causa de esta alma, que desde un centro fijo se reparte por todos los miembros, que no son, respecto de ella, otra cosa sino sus servidores o instrumentos; y que el papel de ella en la gobernación del cuerpo venía a ser igual que el del propio Hayy, al manejar los instrumentos, que le servían, unos, para luchar con los animales, otros para cazarlos, para descuartizarlos alguno. Los primeros se dividían [en dos clases]:

aquellos con que se evitan las heridas del contrario, y aquellos con que se les hiere [defensivos y ofensivos]. También los de caza se dividían [en dos grupos]: según fuesen para los animales acuáticos (marinos) o para los terrestres. Los instrumentos cortantes tenían tres aplicaciones: unos para rajar, otros para descuartizar, y perforadores otros. Pero el cuerpo era uno solo y manejaba estos útiles de diversas maneras, según convenía a cada uno de ellos y según los fines perseguidos. Del mismo modo, esta alma animal es una, y si obra con el instrumento ojo, su acción será la vista; sin con el oído, la audición; si con la nariz, el olfato; si con la lengua, el gusto; si actúa por medio de la piel y de la carne, ejercitará el tacto; si por medio de los miembros, su acción será el movimiento, y, finalmente, si lo hace por medio del hígado, dará lugar a la nutrición y la digestión. Cada una de estas funciones tiene, pues, un miembro propio que la ejecuta; pero ninguna de ellas se perfecciona, sino mediante la parte que del alma les llega, por los conductos llamados nervios. Cuando estos conductos se cortan u obstruyen, paralízase la acción del miembro [correspondiente]. Los nervios reciben el alma exclusivamente de las cavidades del cerebro, el cual, a su vez, la adquiere del corazón. En el cerebro hay muchas almas, porque es un lugar dividido en múltiples compartimientos.

Cualquier miembro, privado del alma, sea por la causa que fuere, deja de funcionar, y queda como un instrumento abandonado, al que nadie gobierna, y con el cual no se obtiene utilidad alguna. Si el alma sale por completo del cuerpo, o se aniquila, o se disuelve por alguna razón, entonces todo el cuerpo se paraliza y le sobreviene la muerte.

Al llegar al tercer septenario de su vida, Hayy se había hecho vestidos, armas y choza y había domesticado ciertos animales

Llegó al término de tales consideraciones en el momento de alcanzar el tercer septenario de su vida, o sea a los veintiún años de edad. En este intervalo desarrollóse mucho su ingenio. Se vestía y calzaba con las pieles de los animales por él cazados; hacía hilos con pelos, y con corteza de malvavisco, malva, cáñamo o cualquier otra planta filamentosa; alcanzó este resultado, después de haber utilizado el esparto; preparaba leznas con espinas fuertes y cañas afiladas con piedras. Había llegado hasta la construcción, según lo que veía hacer a las golondrinas; fabricóse una choza y asimismo alacena para las provisiones sobrantes, defendiéndola con una puerta, hecha de cañas unidas, para que ningún animal entrase en ella mientras él anduviese fuera, ocupado por otros quehaceres. Había domesticado aves de rapiña, para emplearlas en la caza, y cogido gallinas, para aprovechar sus huevos y sus pollos. Utilizaba los cuernos de los bueyes salvajes como puntas de lanza, atándolas a cañas fuertes, en ramas de encina o de otros árboles, y, ayudándose en esta operación con el fuego y con hachas de piedra, llegó a fabricar rudimentarios lanzones. Se había arreglado un escudo con pieles superpuestas. Llegó a hacer todo esto, cuando observó que carecía de armas naturales y comprobó que su mano le podía procurar todas las que le faltasen.

No le hacía frente ningún animal, de cualquier especie que fuere, sino que, por el contrario, lo evitaban y huían de él. Pensó en medio para [cogerlos] y no halló treta más afortunada que amaestrar a algunos, rápidos en la carrera, y atraérselos, dándoles una comida que les conviniese, hasta que le permitieran montarlos y dar así caza a los animales de otras especies. Había en esta isla caballos silvestres y asnos salvajes. Cogió algunos y los domó, hasta conseguir su propósito. Con correas y pieles, hízoles una especie de bocados y sillas, pudiendo de esta forma, según esperaba, dar caza a aquellos animales, para cuya captura no hallaba [antes] medio.

Solamente se había ocupado en estos asuntos, durante el tiempo en que se dedicó a la disección de los animales y en que tuvo pasión por conocer las particularidades y diferencias de sus órganos, o sea, según dijimos, hasta los veintiún años.

Hayy observa las coincidencias y diferencias en las distintas clases de seres del mundo

Interesóse luego por otros temas; examinó todos los cuerpos que existen en el mundo de la generación y de la corrupción: los animales en sus distintas especies, las plantas, los minerales y clases de piedras, la tierra, el agua, el vapor, el hielo, la nieve, el frío, el humo, la llama, la brasa. Vio que tenían propiedades numerosas, acciones distintas y movimientos concordantes y divergentes. Reflexionó con atención sobre todo ello durante algún tiempo, y observó que en unas cualidades coinciden y en otras difieren, y que consideradas en cuanto que coinciden, no son más que una cosa, y en cuanto que difieren, diversas y múltiples. Estudiaba las particularidades de los seres, aquello que diferencia a unos de otros, y los veía múltiples, innumerables y extendiendo su existencia hasta lo infinito. Incluso su misma esencia le parecía múltiple, al ver Hayy la diversidad de sus miembros, cómo cada uno de ellos se distinguía por un acto o por una cualidad especial, y cómo admitía una división en muchísimas partes. Por lo cual juzgaba que su esencia era múltiple, y que también lo era la esencia de todo ser. Luego, volviendo a otro aspecto por diferente camino, veía que sus miembros, aunque múltiples, estaban todos juntos entre sí, sin ninguna separación y bajo una sola ley

[directiva]; que no se distinguían más que por las diferencias de sus actos, y que éstas sólo tenían su origen en la [distinta] fuerza que cada uno de los [miembros] recibía del alma animal, a cuya comprensión había llegado al principio; esta alma, una en su esencia, era además la realidad de la esencia, y todos los órganos venían a ser como instrumentos [suyos]. Su propia esencia pareció entonces a Hayy una, en virtud de este método.

Encuentra la unidad de cada especie, a pesar de la multiplicidad de sus individuos, y comprende la unidad del reino animal

Paró mientes después en todas las especies de animales y vio que cualquier individuo es uno, considerado desde el punto de vista anterior. Los observó luego especie por especie, como gacelas, caballos, asnos y las distintas clases de pájaros una por una, y encontró que los individuos de cada especie eran semejantes entre sí en los miembros exteriores e interiores, en las percepciones, en los movimientos, en los instintos; no encontró diferencia entre ellos sino en pocas cosas en relación a las otras en que convenían. Y juzgaba que el alma, que cada especie tiene, es sólo una, y que no se diversifica sino en cuanto se divide entre muchos corazones; que si fuese posible reunir todo lo que está repartido entre estos corazones, y colocarlo en uno solo, acaso sería una sola cosa, así como el agua o el vino, que siendo uno, se reparte en muchos recipientes, y después vuelve a reunirse: en cada estado, de dispersión o de reunión es una sola cosa, y sólo le sobreviene la multiplicidad per accidens.

Veía que toda la especie, bajo este aspecto, era una, y comparaba la multiplicidad de sus individuos a la de los miembros de cada uno de ellos, que en realidad no es tal multiplicidad. Después reflexionaba, recorriendo mentalmente todas las especies de animales y observando que convenían en sentir, en nutrirse, en moverse voluntariamente en la dirección que quieren; pero ya sabía Hayy que estos actos son característicos del alma animal, y que las demás cosas que diferencian a las especie, fuera de estas comunes, ya citadas, no le son verdaderamente peculiares. Esta reflexión le hizo ver claramente que tal alma, propia de todo el reino animal, es una en realidad, aunque tenga pequeñas diferencias de una especie a otra, así como un agua repartida en varios recipientes, unos más fríos que otros, en su origen es una; así todas las partes de agua que tienen un mismo grado de frío representan lo que es peculiar del alma animal en una especie; por consiguiente, de la misma manera que toda el agua es una, así también el alma animal es una, aunque la multiplicidad le sobrevenga per accidens. Considerándolo en tal manera, todo el reino animal le parecía uno.

Halla la misma unidad en el reino vegetal

Pasó luego revista a las diversas especies de plantas, y vio que en cada una de sus individuos se parecen entre sí en las ramas, hojas, flores, frutos y acciones. Los comparaba con los animales y comprendía que todos tienen una cosa común, que hace en ellos las veces del alma animal, y por la cual todos son uno [forman un todo]. Asimismo consideraba el reino vegetal, y deducía su unidad, basándose en las funciones comunes que en él veía, o sea la nutrición y el crecimiento.

Encuentra ciertas coincidencias entre el reino animal y el vegetal

Reunió después en su pensamiento al reino animal y al vegetal y vio que ambos coinciden en la nutrición y en el crecimiento, sólo que el primero tiene de ventaja sobre el segundo las sensaciones, las percepciones y los movimientos.

Tal vez en las plantas aparece algo semejante a esto, verbigracia, el volverse algunas corolas hacia el sol, el movimiento de sus raíces buscando el sitio en que puedan nutrirse, etc Por virtud de estas reflexiones, le parecían las plantas y los animales una sola cosa, porque tienen en común algo, que en uno de los reinos es más acabado y perfecto, mientras que en el otro está detenido por cualquier impedimento: tal sería, siguiendo el ejemplo citado, la cantidad de agua, dividida en dos partes, una helada y otra líquida. Por consiguiente, consideró como uno los reinos animal y vegetal.

Halla también la unidad del reino mineral

Reflexionó después acerca de los cuerpos que no sienten, ni se nutren, ni crecen, como las piedras, la tierra, el agua, el aire, la llama, y vio que son cuerpos que se miden por longitud, latitud y profundidad; que sólo se diferencian en que unos tienen color y otros no; unos son calientes, otros fríos, y en varias diferencias más por el estilo. Veía que los que son calientes se vuelven fríos, y los que son fríos se tornan calientes; observaba que el agua se convierte en vapor, y el vapor en agua; que las cosas que se queman, hácense brasas, ceniza, llama, humo; y que el humo, si tropieza en su ascensión con una bóveda de piedra, se transforma en algo parecido a una sustancia terrosa. De aquí dedujo que todos estos cuerpos eran, en realidad, una sola cosa, y que la multiplicidad les es inherente per accidens, del mismo modo que lo es a los animales y a las plantas.

Coincidencias que ve Hayy entre el reino vegetal y el mineral

Luego consideró la cosa que, a su juicio, unía aquéllos con éstas, y vio que era un cuerpo como los referidos, dotado de longitud, latitud y profundidad, caliente o frío, igual que los que no sienten ni se nutren, distinto de ellos únicamente por los actos que de él provienen mediante los órganos animales y vegetales. Pero quizá tales actos no le son esenciales, sino que proceden de causa externa; y si se producen en otros cuerpos, serán semejantes a él. Consideraba aquel punto de unión en su esencia, como algo separado de los actos que, a primera vista, parecen dimanar de él, y veía que no era más que un cuerpo de éstos. Tal reflexión le mostró que todos los cuerpos son una sola cosa, ya sean vivos, ya inanimados, bien estén en movimiento, bien en reposo; sólo que a él le parecía que algunos producían, por medio de órganos, ciertos actos, y no sabía si les son esenciales o les vienen de fuera de su naturaleza, porque en este estado [de reflexión filosófica], Hayy no veía sino los cuerpos. Por este camino consideraba todos los seres en uno sólo, mientras que desde el punto de vista primero veía a los seres como múltiples, con una multiplicidad sin límites y sin fin. En tal estado de juicio, permaneció durante algún tiempo.

Hayy observa que todos los cuerpos tienen movimiento, o hacia arriba o hacia abajo

Examinó luego todos los cuerpos, vivientes o inanimados, que, unas veces, juzgaba ser unidad, y otras creía ser múltiples hasta lo infinito, y vio que cada uno de ellos tiene imprescindiblemente una de estas dos cualidades: o se mueve hacia arriba, como el humo, o se mueve en sentido contrario a éste, es decir, hacia abajo, como el agua, los trozos de tierra, de plantas, los animales, etc. Cada uno de estos cuerpos no puede

menos de tener uno de estos dos movimientos dichos, ni reposa sino cuando se le opone un obstáculo que le corta el camino, como la piedra que al caer encuentra a ras de tierra un suelo resistente al que no puede perforar, porque si pudiese lo haría; por eso, si te levantas, ves que ella te resiste, inclinándose hacia abajo, buscando la caída.

Asimismo, el humo no se para en su ascensión, sino cuando encuentra una bóveda resistente que lo detiene; entonces se reparte a derecha e izquierda, y luego, como se ve libre de la bóveda, hiende la atmósfera, ya que el aire no puede detenerlo. Veía también que si se llena de aire un zaque de piel y se le ata y sumerge en el agua, tiende a subir, resiste a quien lo sujeta debajo del líquido elemento, hasta que no llega a la atmósfera; entonces queda en reposo, y la resistencia y la tendencia ascensional, que antes tenía, desaparecen.

Indagó si por ventura existiría cuerpo que careciese, siquiera un instante, de una de estas dos cualidades, o de la tendencia de ellas, y no lo encontró entre los que le rodeaban. Buscaba Hayy un cuerpo de esta condición, esperando que, si lo hallaba, podría considerar la naturaleza del cuerpo en cuanto cuerpo, libre de todas las cualidades que son el origen de la multiplicidad.

Ve que los cuerpos han de tener, por lo menos, pesadez o ligereza, y se convence de que la realidad esencial de los cuerpos se compone del atributo corporeidad con otros diferentes añadidos

Cuando estas investigaciones le cansaron, observó los cuerpos dotados de poco número de cualidades, y vio que necesariamente habían de tener una de estas dos:

pesadez o ligereza. Reflexionó sobre si ambas pertenecerían al cuerpo en cuanto cuerpo, o a título de propiedad sobreañadida a la corporeidad. Le pareció que ello era por el último título, porque si perteneciesen al cuerpo en cuanto cuerpo, no se hallaría ninguno que no tuviese las dos: vemos que en lo pesado no se encuentra la ligereza, ni en lo ligero se encuentra la pesadez; realmente son dos cuerpos; cada uno, a más de corporeidad, tiene un atributo con el que se diferencia del otro y que sirve para individualizarlo, ya que de no ser así, resultarían ambos una sola cosa desde todos sus aspectos.

Entonces tuvo la evidencia de que la realidad esencial de cada uno de estos dos cuerpos, el pesado y el ligero, está compuesta de dos propiedades: una, que les conviene a ambos en común, y que es la corporeidad; la otra, que es la que diferencia sus realidades esenciales: en el uno, la pesadez; la ligereza, en el otro; unidas están cada una de ellas con la corporeidad, y son respectivamente la cualidad en cuya virtud el uno se mueve hacia abajo y el otro hacia arriba.

Igualmente examinó los demás cuerpos, inanimados o vivientes, y observó que la realidad esencial de cada una de las dos clases está compuesta del atributo corporeidad y de otra cosa, bien una, bien múltiple, añadida a la corporeidad.

Deduce la existencia del alma animal, del alma vegetativa y de la naturaleza de los seres inanimados

Así le parecieron las formas de los cuerpos en su diversidad, siendo esto lo primero que vislumbró del mundo espiritual, puesto que tales formas no se alcanzan por medio de la sensibilidad, sino por un cierto modo de especulación.

Y una de las cosas que comprobó entre todo esto fue que el alma animal, cuya sede es el corazón, y de la que antes se ha tratado, sin duda debe tener también un atributo añadido a la corporeidad; con este atributo se pone en condiciones de ejecutar los actos extraordinarios, especiales suyos, que son las distintas clases de sensaciones, las diferentes especies de percepciones y los diversos modos de movimientos. Este atributo es su forma y la diferencia que lo separa del resto de los cuerpos; es lo que los filósofos designan con el nombre de alma animal.

De la misma manera, la cosa que en las plantas hace las veces del calor natural en los animales tiene algo peculiar suyo que es su forma: lo que llaman los filósofos alma vegetativa. Asimismo, a más de los animales y de las plantas, todos los cuerpos inanimados del mundo dela generación y de la corrupción tienen algo peculiar suyo, por medio de lo cual realiza cada uno su operación propia, como las diversas clases de movimiento, los diferentes modos de cualidades sensibles; esto es, la forma de cada uno de ellos y lo denominado por los filósofos naturaleza.

Dedica su atención a conocer el alma

Cuando logró saber, por esta reflexión, que la realidad esencial del alma animal, que él tanto había deseado [conocer] siempre, estaba compuesta del atributo corporeidad y de otro añadido a ella, y que el primero le era común con todos los cuerpos, mientras que el otro añadido, y por el que se distingue, era exclusivo de ella, le pareció despreciable el atributo corporeidad y dejó de reflexionar acerca de él, prefiriendo, en cambio, dedicar sus especulaciones al atributo segundo que es el denominado alma.

Llega a discernir las funciones del alma vegetativa

Deseando conocerlo con exactitud, reflexionó profundamente sobre él. Inició su especulación por el examen de los cuerpos todos, no en cuanto que son cuerpos, sino en cuanto que están dotados de formas, que llevan inherentes cualidades peculiares, causa de la distinción de unos y otros. Aplicando tal método, grabó esta idea en su mente, al ver que una categoría de cuerpos tiene de común cierta forma, de la cual derivan uno o varios actos; que una clase de esta categoría, a más de la forma común con ella, tiene otra, causa también de algunos actos; y que un grupo de esta clase, además de las formas primera y segunda, comunes a toda ella, tiene una tercera forma, asimismo productora de ciertos actos.

Ejemplo: todos los cuerpos terrestres, como tierra, piedras, minerales, plantas, animales y demás cuerpos pesados, integran la primera categoría, que tiene común una forma, de la cual procede el movimiento hacia abajo, cuando no se opone ningún obstáculo a su caída: si acaso se les impulsa hacia arriba violentamente y luego se les abandona, en virtud de su forma, caen. Una clase de esta categoría (plantas y animales), además de la forma común con la categoría anterior, tiene otra, causa de la nutrición y el movimiento. La nutrición consiste en que el ser que se nutre reemplace las partes de su cuerpo que han desaparecido, por asimilación a su misma sustancia de una materia apropiada; el crecimiento, en el movimiento en las tres direcciones, guardada la debida proporción

entre longitud, latitud y profundidad. Estas dos funciones son comunes a las plantas y a los animales, y proceden indudablemente de una forma igual en ambas, que es la denominada alma vegetativa. Un grupo de esta clase, los animales especialmente, además de la forma primera, común con la clase anterior, tiene otra tercera, de la cual proceden la sensación y la facultad de trasladarse de un lugar a otro.

Vio además que cada especie animal tiene además una cualidad peculiar, por la que se aparta y se distingue de todas las demás. Y reconoció que esta cualidad emana de una forma propia, añadida al atributo forma, común a todos los animales. Lo mismo sucede a cada especie vegetal.

Naturaleza de los cuatro elementos

Comprendió con evidencia que de todos los cuerpos sensibles, existentes en el mundo de la generación y de la corrupción, hay unos cuya realidad esencial se compone de muchos atributos, añadidos al de la corporeidad, y otros, que lo están de pocos. Considerando que era más fácil el conocimiento de lo poco que el de lo mucho, se dedicó primeramente al estudio de la realidad esencial de aquellos seres, cuya naturaleza fuese de pocos atributos. Vio que la realidad esencial de los animales y de las plantas está compuesta de muchos, según la diversidad de sus actos; por lo cual dejó para más tarde el estudio de sus formas. Observó también que unas partes de la tierra eran más simples que otras, proponiéndose estudiar las más simples que pudiese encontrar. Fijóse en que el agua es materia de poca composición, por la escasa cantidad de actos que proceden de su forma; lo mismo notó en el fuego y en el aire. Anteriormente había pensado Hayy que estos cuatro [elementos] se cambian unos en otros, y que tienen de común el atributo corporeidad; que tal atributo convine que esté libre de aquellos que distinguen a unos de otros; que no puede moverse hacia arriba ni hacia abajo; que ni puede ser caliente ni frío, húmedo ni seco; porque ninguna de estas cualidades es común a todos los cuerpos, y, por tanto, no puede pertenecer al cuerpo en cuanto cuerpo. Si pudiese existir uno sin forma alguna añadida a la corporeidad, carecería de todas estas cualidades y de otra cualquiera que no fuese común a los demás cuerpos, cualquiera que fuese el número de sus formas.

La extensión, cualidad corpórea

Trató de encontrar una cualquiera común a todos los cuerpos, vivos e inanimados, y no consiguió hallar otra, sino la propiedad de la extensión en las tres dimensiones, que existe en todos y que se denomina longitud, latitud y profundidad. Conoció que esta propiedad la tiene el cuerpo en cuanto cuerpo; pero los sentidos no le descubrieron la existencia de un cuerpo con esta cualidad única, que no tuviera ninguna propiedad añadida a la citada de la extensión y que estuviera totalmente privado de las otras formas. Pensó luego si acaso esta extensión en tres dimensiones sería o no un atributo del cuerpo mismo, sin la adición de ningún otro, y vio que detrás de la extensión hay otro atributo, en el cual ella existe; que la extensión sola no podría subsistir por sí misma, así como tampoco podría hacerlo la cosa extensa sin la extensión. Tomó como ejemplo algunos cuerpos sensibles dotados de formas, v. gr., la arcilla.

Vio que si se le da una figura cualquiera, como la esférica, tiene latitud, longitud y profundidad en una medida determinada. Si esta misma esfera se la coge y se la convierte en una figura cúbica u ovoidal, la longitud, latitud y profundidad [primeras]

cambian y tienen otra medida distinta de la que antes tenían. La arcilla es la misma en sí, no se cambia, pues necesariamente ha de tener longitud, latitud y profundidad, en alguna medida, y no puede prescindir de ellas. Ahora bien, la sucesión de estas dimensiones en la arcilla le demostraba que son un atributo distinto de la arcilla misma; la imposibilidad, empero, de prescindir de ellas totalmente, le demostraba que pertenecían a su misma esencia.

La forma y la materia de los cuerpos

Vio claro por estas consideraciones que el cuerpo, en cuanto cuerpo, está compuesto en realidad de dos cualidades: una hace las veces de la arcilla en la esfera del ejemplo citado; y la otra hace las veces de la longitud, latitud y profundidad de la esfera, cubo o figura que tenga; que el cuerpo no se comprende sino compuesto de estas dos cualidades, y que una de ellas no puede existir sin la otra. Pero que aquella que puede cambiar y variar en aspectos sucesivos (la cualidad de la extensión) es como la forma en todos los cuerpos que la tienen; la que permanece en un mismo estado (la que hace el papel de la arcilla en el anterior ejemplo), es como la cualidad corpórea en todos los cuerpos dotados de forma. A lo que hace el papel de la arcilla llaman los filósofos materia o hyle, que está totalmente desnuda de formas.

Como al llegar a esta altura de sus reflexiones se había separado bastante del mundo sensible y se había elevado a los límites del mundo inteligible, sintió nostalgia y deseo de volver a las cosas de aquél, a que estaba más acostumbrado.

Retrocedió, pues, un poco: dejó el cuerpo en abstracto, puesto que es cosa que el sentido no percibe ni alcanza, y se fijó en los cuerpos sensibles más simples que conocía: a saber, los cuatro elementos, acerca de los que reflexionara anteriormente.

El cambio de forma en el agua sugiere a Hayy la idea vaga de un «creador» de la forma

El primero que consideró fue el agua; y vio que si se la deja en el estado que exige su forma, manifiesta un frío sensible y una propensión a caer; calentándola por medio del fuego o del calor del sol, pierde el frío primero, quedándole, sin embargo, la tendencia a caer; y al aumentar su calefacción, cambia esta última cualidad por su contraria. Ha perdido, pues, las dos cualidades que procedían de su forma habitual. No sabía Hayy de la forma del agua, sino que producía estos dos actos: cuando desaparecen, pierde su carácter, dejando de estar en este cuerpo, desde el momento en que ha dado lugar a actos que por su naturaleza proceden de otra forma, y se produce en él otra, que antes no existía, por medio de la cual emanan de este cuerpo actos que no eran de su naturaleza, en tanto que tenía la primitiva forma. Entonces comprendió que necesariamente todo lo que es producido necesita un productor; de tal modo se manifestaron en su alma los vestigios generales y confusos de la noción de un hacedor de la forma.

Luego siguió estudiando una por una todas las formas que ya conocía, y vio que todas ellas son producidas y que necesitan por tanto, un hacedor. Consideró también las esencias de las formas, y notó que no eran más que una capacidad del cuerpo para producir tal acto; así, por ejemplo, el agua, cuando se calienta mucho, se dispone y se acomoda para el movimiento hacia arriba, y esta aptitud es su forma. En realidad aquí no hay más que un cuerpo, cosas sensibles que antes no existían, procedentes de él (cualidades y movimientos), y un agente que las crea; ahora bien, la adaptación del

cuerpo a unos movimientos con exclusión de otros es su disposición y su forma. Esto mismo comprobó en todas las demás formas. De donde adquirió la evidencia de que cuantos actos de ellas emanan, no existen realmente en las mismas y sólo son debidos a un agente que por su intermedio obra los actos que con ellas se relacionan. Esta idea que surgió en su mente es la misma contenida en el dicho del Enviado de Dios (¡bendígalo Dios y lo salve!): «Yo soy el oído por el cual oye, y la vista con la cual ve»; y en el libro claro de la Revelación: «No los habéis matado vosotros, sino Dios los mató; no has arrojado tú [Mahoma] la flecha cuando la has arrojado, sino que Dios la arrojó».

Comprende Hayy que el «agente» productor de las formas no puede ser cuerpo de este mundo sensible, y estudia los cuerpos celestes

Una vez que hubo descubierto lo dicho, relativo a la idea de agente, en general y de un modo confuso, sintió un vivo deseo de conocerlo precisa y distintamente.

Como no se separaba del mundo sensible, púsose a buscar en él este agente, del cual ignoraba si era uno o era múltiple. Examinó todos los cuerpos que le rodeaban y sobre los que había siempre reflexionado, y vio en todos que unas veces nacen, otras veces perecen; aquellos a quienes no alcanza íntegramente la descomposición, les alcanza del modo parcial, como el agua y la tierra, cuyas partes veía corromperse por el fuego. Asimismo observaba que todos los demás cuerpos del mundo sensible no se eximían de ser producidos y de tener necesidad de un agente. Por tanto, abandonó [la reflexión acerca de] todos ellos, y puso su atención en los cuerpos celestes. Condensó este pensamiento, al fin de los cuatro septenarios de su existencia, o sea a los veintiocho años de edad.

Comprendió que los cielos, y las estrellas que en ellos hay, son cuerpos, ya que tienen extensión en las tres dimensiones: longitud, latitud y profundidad; ninguno carece de esta cualidad; pero como todo el que la ostenta es cuerpo, ellos lo son también. Pensó luego si tales cuerpos serían extensos, sin límite alguno, y se alejarían siempre, sin fin, en la longitud, latitud y profundidad, o si serían finitos, encerrados en ciertos límites en los cuales terminan, y más allá de los cuales no es posible que exista la extensión.

Es imposible un cuerpo infinito: razonamientos de Hayy

Embarazóse un poco con este problema. Pero luego, gracias a la fuerza de su reflexión y agudeza de su ingenio, vio que un cuerpo infinito es absurdo, imposible e ininteligible. Se confirmó en tal juicio con muchos argumentos que le venían a las mientes. «Este cuerpo -se decía- es limitado por la parte en que yo me encuentro, hasta donde mis sentidos alcanzan. No hay duda, desde el momento en que lo veo. Por lo que toca al lado opuesto, respecto del cual podría surgirme incertidumbre, también sé que es imposible su extensión hasta lo infinito. Porque si imagino dos líneas, que comiencen en esta parte limitada y se prolonguen sin fin a través de la profundidad del cuerpo, según su propia extensión; si luego imagino que de una de estas dos líneas se corta un trozo grande, por el lado en que es limitada, y, tomando lo restante de la línea y los dos trozos, el cortado y el que no lo está, se superponen haciendo coincidir ambas líneas, siguiéndolas con el pensamiento en la dirección en que se supone son infinitas, sucederá [una de estas dos cosas]: o las dos líneas se prolongarán siempre hasta lo infinito, sin que la una sea más corta que la otra, y entonces la cortada será igual que la que no lo está, lo cual es absurdo, o la línea disminuida no se prolongará siempre a la par que la

otra, sino que se detendrá y dejará de extenderse junto con ella, y entonces será finita; si después se le vuelve a colocar el trozo que primeramente se le cortara y que era finito, resultará también finita toda la línea; ya no será, pues, ni más corta que la línea no cortada, ni más larga, sino igual a ella; pero ésta [la cortada] es finita; luego aquélla también lo será. El cuerpo en que se supongan estas líneas, será finito; pero en todo cuerpo se pueden suponer estas líneas; luego si suponemos un cuerpo infinito, hemos supuesto una cosa absurda e imposible».

Llega a la conclusión de que el cosmos o reunión de los cuerpos celestes es esférico

Cuando, gracias a su despierta inteligencia, que le había hecho fijarse en un argumento como éste, tuvo la certeza de que el cuerpo celeste es finito, quiso saber qué figura tiene, y cómo lo limitan las superficies que lo terminan.

Consideró primero el sol, la luna y las demás estrellas, observando que todas salen por oriente y se ponen por occidente. De entre ellas, las que pasaban por su cenit, describían un círculo grande; las que, apartándose de él, se inclinaban hacia al Norte o hacia al Sur formaban otros, menores que aquéllos.

Todas las más alejadas del cenit, hacia cualquiera de las dos partes, tenían sus círculos menores que las más próximas; de modo que los círculos más pequeños en que se mueven los astros, son dos: uno alrededor del polo Sur, o sea, la órbita del Suhayl, y el otro alrededor del polo Norte, es decir, la órbita de al-Farqadan. Como [nuestro solitario] habitaba en la línea del Ecuador, según dijimos al principio, todos estos círculos eran perpendiculares al plano de su horizonte y estaban dispuestos simétricamente por el Sur y por el Norte; Hayy veía los dos polos a la vez. Fijábase en que cuando una estrella se levanta en un círculo grande y otra en uno pequeño, si las salidas son simultáneas, también lo son las puestas. Como esto sucedía en todas las estrellas y en todos los tiempos, se convenció de que el cielo tiene figura esférica.

Confirmóle tal creencia el observar que el sol, la luna y las estrellas salen por oriente, después de haberse ocultado por occidente, y que aparecían a su vista con un mismo tamaño a la salida, a mediado de su carrera y al ocaso. Si su movimiento no fuera circular, sería posible que en algún tiempo las viera más próximas; y siendo así, sus dimensiones y sus volúmenes le aparecerían distintos, y las vería mayores cuando estuvieran cercanas, y menores a medida que se alejasen:

pero como no sucedía así, afirmábase en la idea de la esfericidad.

Siguió observando el movimiento de la luna, tomado de occidente a oriente, y también el de los planetas, hasta llegar a conocer una gran parte de la ciencia del cielo. Vio claro que sus movimientos se desarrollan en muchas esferas, contenidas todas en una sola, que es la más alta y la que mueve todo, de oriente a occidente, en el período del día y de la noche. Exponer sus progresos en esta ciencia sería largo y es asunto divulgado en los libros; para nuestro propósito basta con lo que hemos expuesto.

Semejanzas del mundo celeste con el mundo sublunar

Cuando llegó a este grado de conocimientos, diose cuenta de que la esfera celeste y lo que gira a su alrededor, es a manera de un todo, cuyas partes están unidas entre sí; de

que los cuerpos, acerca de los cuales había reflexionado antes, como la tierra, el agua, el aire, las plantas, los animales, etc, están contenidos y permanecen en ella; de que en su totalidad la esfera misma es algo semejante a un individuo de la especie animal: sus estrellas brillantes hacen las veces de los sentidos; las diversas esferas unidas entre sí, son como los miembros; y todo lo que, dentro de ella, pertenece al mundo de la generación y de la corrupción, desempeña el papel que en el interior de los animales realizan los diferentes residuos y humores, en los cuales muchas veces se forman otros seres, como sucede en el macrocosmos.

Piensa Hayy si el mundo sería producido o eterno.

Razones que halla en pro y en contra de cada tesis

Una vez que tuvo la certeza de que el conjunto celeste es, en realidad, como un solo individuo, y cuando redujo en su mente a unidad las múltiples partes, usando el mismo razonamiento que empleara para reducir a la unidad los cuerpos existentes en el mundo de la generación y de la corrupción, pensó si el universo mundo sería algo producido, después que no existió, y que de la nada ha venido al ser, o bien sería algo que no ha dejado de existir en el pasado y que no ha sido precedido por la nada, bajo ningún aspecto. Dudó en esta ocasión y ninguna de las dos opiniones pesó en su ánimo más que la otra. Porque cuando se decidía por la tesis de la eternidad, le salían al paso muchas objeciones respecto a la imposibilidad de la existencia infinita, semejantes al razonamiento por el que había llegado a concluir la no existencia de un cuerpo infinito. Veía también que esta [existencia] no está libre de [accidentes] producidos y no es posible que exista antes que ellos; y lo que no puede preexistir a los [accidentes] producidos, es, por tanto, producido. Y cuando se decidía por la opinión de la producción [de la nada], le salían al paso otras objeciones. Veía que la tesis de la creación del mundo, después de no haber existido, no se puede concebir, sino justamente con la idea de que el tiempo lo haya precedido; pero éste es una parte de la totalidad del mundo, inseparable de él; luego no se puede uno imaginar el mundo posterior al tiempo. Además, se decía: «Si el mundo es producido, necesariamente ha de tener un productor; éste, ¿por qué lo ha hecho surgir en tal momento y no antes? ¿Le ha sobrevenido una novedad, no existiendo nada fuera de él, o ha sido por un cambio verificado en su esencia?

Pero, ¿quién habrá producido este cambio?». Y no cesó de pensar en este asunto durante años, saliéndole siempre al paso objeciones, sin que lograra decidirse por una opinión.

Si el mundo es producido, necesita un creador, que no será cuerpo

Cansado de estas investigaciones, se puso a reflexionar acerca de las consecuencias que se derivan de las dos opiniones, pues acaso serían las mismas en ambas. Entonces comprobó que, suponiendo la producción del mundo y su venida a la existencia desde la nada, se deduce necesariamente que no se pudo haber hecho por sí mismo, y, por tanto, que le es preciso un hacedor que lo haya traído a la existencia; que este hacedor no puede percibirse por medio de ningún sentido, porque, de suceder así, sería un cuerpo; si fuese un cuerpo, formaría parte del mundo, sería producido y necesitaría un productor; si este segundo productor fuese también un cuerpo, necesitaría otro tercero, y este tercero, un cuarto, y así sucesivamente hasta el infinito, lo cual es absurdo. El mundo exige, por tanto, un hacedor que no sea cuerpo; y si no es cuerpo, no habrá

medio de percibirlo por ningún sentido, puesto que los cinco sentidos sólo perciben los cuerpos o sus accidentes; si no puede ser percibido, tampoco puede ser imaginado, porque la imaginación no es más que la representación de las formas de las cosas sensibles, cuando éstas han desaparecido; si no es cuerpo, son imposibles en él todas las cualidades corpóreas, y le es extraña la primera de ellas, a saber: la extensión en longitud, latitud y profundidad, con todas sus consecuencias. Si el mundo, pues, tiene un hacedor, sin duda que éste tendrá poder sobre aquél y lo conocerá; «¿no lo conocerá quien lo creó? Él es bueno y sabio».

Si el mundo es eterno «a parte ante», necesitará un motor, exterior a él e incorpóreo, que haya producido su movimiento

Si suponía la preexistencia del mundo, es decir, que siempre hubiera sido como es y que no lo hubiese precedido la nada, veía deducirse de esto que su movimiento es eterno a parte ante, puesto que no lo ha precedido ningún reposo, tras el cual haya comenzado. Pero todo movimiento exige necesariamente un motor que, o es una fuerza extendida en un cuerpo, bien sea el mismo del motor, bien sea otro exterior a él, o es una fuerza que no está extendida ni repartida en un cuerpo. Ahora bien, toda fuerza extendida y repartida en un cuerpo, se divide cuando él se divide, doblándose cuando éste lo hace; v. gr., el peso de la piedra, que la mueve hacia abajo: si la piedra se divide en dos partes, su peso se divide en otras tantas; si se le añade otra, su peso se aumenta en lo mismo; si fuera posible que la piedra aumentase hasta lo infinito, su peso aumentaría en igual proporción; y si llegase a una magnitud determinada y en ella se detuviese, el peso llegaría también a un cierto punto, en que se detendría. Pero ha quedado demostrado que todo cuerpo es, indudablemente, finito; luego la fuerza que radique en él lo será también; por tanto, si encontramos una fuerza que produzca un acto infinito, seguramente no radica en un cuerpo. Pero observamos que la esfera celeste se mueve siempre con un movimiento sin fin y sin interrupción, puesto que la suponemos eterna a parte ante; luego necesariamente resulta que la fuerza que la mueve no está en su mismo cuerpo, ni en otro situado fuera de ella, y que pertenece a algo extraño a los cuerpos, a lo cual no se le pueden atribuir cualidades corporales.

Ya había descubierto Hayy, en sus primeras reflexiones sobre el mundo de la generación y de la corrupción, que la realidad de la existencia de todo cuerpo sólo proviene de su forma, o sea, su disposición para los distintos movimientos; y que la existencia que el cuerpo tiene por parte de su materia es inconsistente y casi imperceptible. Por tanto, la existencia del mundo entero proviene sólo de su disposición para el movimiento dado por este motor, el cual está libre de materia y de cualidades corpóreas, exento de todo lo que es perceptible por los sentidos o accesible a la imaginación; y si este motor es el autor de los distintos movimientos del cielo, por medio de un acto permanente, continuo e ininterrumpido, indudablemente ha de tener poder sobre ellos y los ha de conocer.

Se confirma Hayy en su idea de la existencia de un autor incorpóreo

Vino a parar, pues, por este camino a lo mismo que había concluido en su primer razonamiento, sin que fuese obstáculo la duda que tenía respecto a la eternidad del mundo o a su producción: los dos razonamientos le certificaban a la vez la existencia de un Autor incorpóreo, que no está unido a ningún cuerpo, ni separado de él, ni dentro ni

fuera de ninguno, puesto que la unión y la separación, la interioridad y la exterioridad son, todas, cualidades corpóreas, y Él está exento de ellas.

Este autor será causa de los demás seres, creador de ellos

Como la materia en todo cuerpo necesita de la forma, puesto que sólo por ella subsiste y sin ella no tiene ninguna realidad, y como no se tiene certeza de la existencia de la forma, sino después de cerciorarse de la existencia de este Autor, convencióse de que todos los seres lo necesitan para existir, y que ninguno puede subsistir sino por Él; Él es, por consiguiente, su causa, y los seres, sus efectos, bien hayan sido traídos a la existencia desde la nada, bien no hayan tenido principio en el tiempo y jamás aquélla les precediese. En ambos casos, estos seres son efectos, y en su existencia necesitan y dependen del Autor; sin la subsistencia de Él, no subsistirían; sin la existencia de Él, no existirían; sin su eternidad, no serían eternos; Y Él, en su esencia, prescinde y está libre de ellos. ¿Podría no ser así?

Ya se ha demostrado que la fuerza y poder de este Autor son infinitos, y que todo cuerpo, así en su esencia como en sus accidentes, es finito, limitado. Por lo tanto, el mundo todo con lo que contiene -los cielos, la tierra, los astros, lo que entre ellos, encima o debajo, hay- es acto y creación suya, y es posterior a Él per se [con posterioridad de naturaleza], aunque en el tiempo no fuera posterior. Es como si coges un cuerpo cualquiera en tu mano y luego lo mueves: sin duda ninguna, este cuerpo seguirá el impulso de la mano, con un movimiento posterior al de ella, con posterioridad de naturaleza, aun cuando no de tiempo, pues ha sido simultáneo. Así también el mundo todo es efecto y es creado, fuera del tiempo, por este Autor, «que no tiene más que mandar, cuando Él quiere una cosa, diciéndole: -«Sé», y ella es».

Huellas de este autor, que Hayy ve en todos los seres

Cuando vio que todos los seres son obra de este Autor, examinólos de nuevo, buscando manifestaciones de su poder, de su admirable y rara obra, de su amorosa providencia y de su ciencia sutil. Y en los pequeños seres, y más aún en los grandes, se le aparecieron huellas tales de sabiduría y de arte extraordinario, que lo llenaron de admiración, cerciorándose de que esto no podía proceder sino de un Autor perfectísimo y superior a la perfección, «a quien no se escapa el peso de un átomo en los cielos o en la tierra, ni nada que sea más pequeño o más grande».

Tiene este autor todas las cualidades de la perfección y está libre de las de la imperfección

Examinó después atentamente todas las especies de animales y vio cómo este Autor había dado a cada una su forma y enseñándole después a emplearla; porque si Él no hubiese guiado a los animales en el uso de los miembros de que los dotara, mostrándoles las ventajas que con ellos podrían conseguir, no los hubiesen utilizado, y hubieran sido una carga para ellos. Por eso conoció que Él era generoso entre los generosos, misericordioso entre los que más. A partir de este momento, cada vez que veía algún ser dotado de belleza, de esplendor, de perfección, de poder, o de una superioridad cualquiera, reflexionaba y reconocía que era un efluvio de este Autor, de su existencia, de su acción. Comprendió, por tanto, que todo lo que a Él pertenece por su esencia, es más grande que estas cualidades [citadas], más perfecto, completo, bello,

brillante, hermoso y durable, sin relación con ellas. No dejó de rebuscar las cualidades de la perfección, y vio que todas las tiene emanan de Él, y que es más digno de ellas que los demás seres que las poseen.

Consideró luego las cualidades de la imperfección, y vio que Él estaba libre y exento de ellas. ¿Y cómo no lo había de estar? ¿No es la idea de imperfección la de la nada pura, o de lo relacionado con la nada? ¿Cómo se ha de unir o mezclar la nada con el ser puro, el que existe necesariamente por su esencia, el que da la existencia a todos los demás seres, sin el cual no la hay, puesto que Él es la existencia y Él es la perfección, la plenitud, la belleza, el resplandor, la potencia, la ciencia y, en suma, Él? «Todo perece si no es su faz».

Hayy se siente inclinado hacia este autor, cuya existencia conoció a los treinta y cinco años de edad

Alcanzó Hayy este grado de conocimiento a los cinco septenarios de su vida, o sea, a los treinta y cinco años de su edad. Afirmábasele tanto en el corazón la idea de este Autor, que no ocupaba su pensamiento sino en Él, olvidando el examen y la investigación de los seres a que antes se había dedicado, hasta el extremo de que no paraba mientes en cosa alguna, sin que le reflejase vestigios de su arte; luego dirigía el pensamiento hacia el Artista, dejando a un lado la obra; entonces se volvía ardientemente hacia Él, y su corazón se desplazaba, con fuerza y por completo, del mundo sensible para sumirse en el inteligible.

Trata de saber con qué facultad había conocido a este ser: no había sido por medio de los sentidos ni por la imaginación

Cuando consiguió el conocimiento de este Ser, cuya existencia no tiene causa, siendo Él la causa de la existencia de los demás, quiso saber por qué medio había conseguido él mismo tal conocimiento y con qué facultad había conocido este Ser. Examinó sus propios sentidos, a saber: el oído, la vista, el olfato, el gusto y el tacto, viendo que a todos ellos sólo llegan los cuerpos o sus accidentes: el oído no percibe más que los sonidos originados por las ondas del aire al tropezarse con los cuerpos; la vista, únicamente los colores; el olfato, los olores; los sabores, el gusto, y el tacto, las temperaturas, lo duro y lo blando, la aspereza y la suavidad.

Del mismo modo, la imaginación no alcanza ninguna cosa, sino las dotadas de longitud, latitud y profundidad. Todas estas percepciones son cualidades corpóreas, y a los sentidos no puede llegar otra cosa, ya que son facultades extendidas por los cuerpos y repartidas conforme a las divisiones de ellos, no pudiendo afectarles, por tanto, más que lo que es divisible. Pues si la imaginación está repartida, como se ha dicho, indudablemente, al percibir un objeto cualquiera, éste se dividirá conforme a la naturaleza de ella. Por consiguiente, toda facultad que radica en un cuerpo no percibe más que los cuerpos o sus accidentes. Pero ya queda demostrado que este Ser, de existencia necesaria, está exento de toda clase de cualidades corpóreas; por tanto, no se le puede percibir, sino mediante algo que no sea cuerpo, ni facultad que en él radique o tenga alguna relación con él, cualquiera que sea.

Lo había conocido por su propia esencia, por estar impreso en su alma el conocimiento de él

Entonces se cercioró de que conocía a aquel Ser por medio de su esencia misma, y que el conocimiento de Él estaba impreso en su alma. Vio también claro que su propia esencia, por medio de la cual lo conocía, era algo incorpóreo, sin ninguna cualidad de los cuerpos; que todo lo exterior y lo corporal, que percibía en sí mismo, no era la realidad de su esencia, puesto que ella sólo se encontraba en aquello por medio de lo cual conocía al Ser de existencia necesaria.

El alma es incorpórea e incorruptible

Cerciorado ya de que su esencia no era el cuerpo que perciben los sentidos y la piel cubre, despreciole totalmente y se puso a reflexionar acerca de aquella otra, nobilísima, por medio de la cual se conoce a este Ser supremo y necesario.

Pensó si ella podría perecer, corromperse o desaparecer, o si, por el contrario, tendría duración eterna. Y vio que la corrupción y la desaparición son cualidades únicamente de los cuerpos, en cuanto que pierden una forma y revisten otra: verbigracia, el agua cuando se vuelve aire, el aire cuando se torna agua, las plantas cuando se cambian en tierra y ceniza, y la tierra cuando se convierte en plantas; ésta es, en efecto, la cualidad de corrupción. En cambio, no puede concebirse de ninguna manera la corrupción de lo que no es cuerpo ni necesita de él para subsistir y que está libre en absoluto de la corporeidad.

Hayy trata de averiguar cuál será el destino del alma después que el cuerpo haya desaparecido

Convencido Hayy de que su esencia real no era corruptible, intentó averiguar cuál sería su condición, una vez que abandonase el cuerpo y se liberase de él.

Ya antes se había cerciorado de que no lo abandona, sino cuando el cuerpo no le sirve como instrumento. Examinó entonces todas las facultades perceptivas, y vio que cada una de ellas funciona en potencia unas veces, en acto, otras; como, por ejemplo, el ojo, cuando está cerrado o desviado del objeto visible, sólo percibe en potencia (el sentido de la frase percibir en potencia es que no lo hace en el momento, sino que puede hacerlo en lo futuro); en cambio, cuando está abierto y dirigido hacia el objeto visible, percibe en acto (es decir, en el momento).

Asimismo, cada una de estas facultades puede hacerlo de estas dos maneras. Si una de ellas no lo ha realizado jamás en acto, mientras esté en potencia no desea la percepción de su objeto propio, porque no lo conoce; ejemplo, el ciego de nacimiento. En cambio, si lo ha hecho alguna vez y luego ha venido a quedar en potencia, mientras continúe así deseará la percepción en acto, porque ella ha conocido ya su objeto propio, se le ha unido y se ha inclinado hacia él; ejemplo, el que se queda ciego, después de haber tenido vista: que siempre deseará [volver a ver] los objetos visibles. Y cuanto más hermosa, espléndida y perfecta sea la cosa percibida, tanto mayor será el deseo hacia ella y más grande el dolor por su pérdida; ésta es la causa de que el dolor de quien pierde la vista después de haberla disfrutado sea mayor que el de quien queda sin el olfato, porque las cosas visibles son más perfectas y más hermosas que las relativas al olfato. Pues si entre las cosas hay una, cuya perfección es infinita, cuya hermosura, belleza y esplendor no tiene límites, que está sobre estas cualidades hasta el extremo de que ninguna puede existir sino procedente de ella y fluyendo de su ser, es indudable que

quien pierda la percepción de esta cosa, después de haberla conocido, sentirá, mientras dure su pérdida, dolores infinitos; así como quien logre poseerla eternamente tendrá un placer no interrumpido, una felicidad sin fin, una alegría, un gozo y un contento sin límites.

Diversa situación del alma si, durante la vida del cuerpo, no conoció al ser necesario, si lo conoció y se apartó de él, o si lo conoció y no se separó de él.

Pero antes se había convencido Hayy de que el Ser necesario está dotado de todos los atributos de la perfección, libre y exento de todas las cualidades de la imperfección. También se había cerciorado de que la esencia, mediante la cual el propio Hayy llegaba a percibir este Ser, no es nada que se parezca al cuerpo, ni corruptible como él. De lo cual dedujo que si el ser que tiene una esencia de esta naturaleza, capaz de tan alta percepción, abandona al cuerpo por la muerte, se dará uno de estos tres casos:

Si antes de esto, en el período en que gobernó al cuerpo, no conoció jamás al Ser necesario, ni se unió con Él, ni oyó nada respecto de Él, la separación del cuerpo no le producirá deseo de este Ser, ni dolor por su pérdida; porque todas las facultades corpóreas desaparecen con la eliminación del cuerpo y no desean tampoco sus objetos propios, ni tienden hacia ellos, ni se duelen por su pérdida, siendo ésta la condición de los animales irracionales, tengan o no la forma humana.

Si antes, en el tiempo que gobernó al cuerpo, conoció a este Ser, sabiendo de sus perfecciones y de su hermosura, pero se desvió de Él, arrastrado por sus pasiones, y la muerte le sorprendió en tal estado, privándole, por tanto, de la visión intuitiva, entonces la deseará, pero permanecerá en un largo castigo y en sufrimientos infinitos, y podrá librarse de ellos después de una larga prueba y gozar luego de la visión intuitiva que anhela, o bien continuará sumido eternamente en sus dolores, según que en la vida corpórea se haya dispuesto para uno de estos dos destinos.

Y si conoció a este Ser necesario antes de separarse del cuerpo, dedicándose a Él totalmente y pensando siempre en su hermosura, belleza y esplendor, sin separarse de Él hasta que la muerte le sorprendió en estado de contemplación y visión intuitiva actual, al separarse del cuerpo permanecerá en un placer infinito, en una alegría, gozo y contento perdurables, producidos por la unión de su visión de este Ser necesario, visión exenta de turbación y mezcla, y despojada de todas las cosas sensibles que las facultades corpóreas exigen, las cuales, en relación con este estado, son dolores, males y obstáculos.

Hayy trata de mantenerse siempre en el estado de visión intuitiva de Dios, que es la perfección y el placer de su propia esencia

Una vez que Hayy se cercioró de que la perfección y el placer de su propia esencia sólo consistían en la visión intuitiva, perpetua y siempre en acto, de este Ser necesario, hasta el punto de que no se debía apartar de Él ni un abrir y cerrar de ojos, para que, sorprendiéndole la muerte en estado de visión en acto, alcanzase un placer sin mezcla de mal alguno, se puso a reflexionar cómo podría conseguir la continuidad de esta visión intuitiva, de modo que no le ocurriese interrumpirla. Aplicaba un momento su reflexión a este Ser; y en seguida aparecía a su vista cualquier objeto sensible, hería sus oídos el grito de un animal, representábasele una imaginación, sentía dolor en algún miembro,

experimentaba hambre, sed, calor o frío, o había de levantarse para hacer sus necesidades; y entonces se turbaba su reflexión, apartándose del estado obtenido, siéndole muy difícil volver sin gran esfuerzo al estado anterior, y temía que se le presentase la muerte hallándose en tal apartamiento y caer en la eterna desgracia y en el dolor de la separación.

Ve que los animales y las plantas no conocen a este ser

Esta situación le afligía, sin que pudiera encontrarle remedio. Se puso a observar todas las especies de animales, examinando sus actos y sus inclinaciones, por si acaso podía ver alguno que conociese a este Ser y tendiera hacia Él, para aprender cuál era la causa de su felicidad. Y vio que todos los animales se ocupan solamente en procurarse alimento, en la satisfacción de sus apetitos nutritivos y sexuales, en buscar la sombra o el calor: a esto dedican los días y las noches, hasta el momento de su muerte, del fin e su existencia; y no halló a ninguno que se desviase de esta regla, ni se inclinara a otra cosa en momento alguno. Por lo cual se convenció de que los animales no tienen noticia de este Ser, ni deseo de él, ni lo conocen en ningún aspecto, sino que tienden a la nada o a un estado semejante. Formulado este juicio respecto de los animales, vio que era extensivo a las plantas, desde luego, puesto que no tienen sino parte de las facultades de que gozan los animales; y si los de percepción más perfecta no alcanzan este conocimiento, mucho menos lo obtendrán quienes las poseen más imperfectas. Tanto más cuanto que veía que todos los actos de las plantas no pasan de la nutrición y de la reproducción.

Sospecha que los cuerpos celestes, en cambio, lo conocen

Observó después los astros y las esferas, y vio que todos tienen movimientos ordenados y recorren su órbita de un modo regular; que son transparentes y brillantes, inaccesibles a la mutación y a la corrupción. Supuso vehementísimamente que, además de cuerpos, tienen esencias que conocen a este Ser necesario, y que tales esencias cognoscentes no son cuerpos ni están impresas en ellos. ¿Y cómo no habían de tenerlas, libres de la corporeidad, si él mismo poseía una, a pesar de su insignificancia y de su absoluta dependencia de las cosas sensibles? Pues él formaba parte de los cuerpos corruptibles, y, no obstante ser imperfecto, su esencia no podía menos de estar desligada de los cuerpos y de ser incorruptible. De aquí tuvo por evidente que los cuerpos celestes están, desde luego, en este caso, y comprendió que conocen al Ser necesario y lo ven siempre en acto, puesto que en los cuerpos celestes no se encuentra ninguno de los obstáculos, derivados de la intervención de las cosas sensibles, que en él interrumpían la continuidad de la visión intuitiva.

Los cuerpos celestes son incorruptibles

Reflexionó después acerca de por qué solamente él, entre las demás clases de animales, tenía esta esencia, por la cual se asemejaba a los cuerpos celestes.

Ya se había cerciorado antes, al tratar de los elementos y de sus cambios mutuos, de que nada de lo que hay sobre la faz de la tierra mantiene su forma, sino que en todas las cosas se suceden siempre la generación y la corrupción; de que la mayor parte de estos cuerpos son mixtos, compuestos de cosas contrarias, por lo cual terminan alterándose; de que ninguno de ellos es puro y de que el que más se acerca a la pureza, a la falta de mezcla y de adulteración, es el que está más distante de corromperse, como el oro y el

jacinto. Pero los cuerpos celestes son simples, puros; luego son incorruptibles y en ellos no se suceden las formas.

Los seres son más perfectos a medida que tienen más formas

También estaba cierto de que, entre los cuerpos existentes en el mundo de la generación y de la corrupción, hay unos, cuya realidad esencial subsiste por más de una forma, como las plantas, los animales. Los de la primera clase tienen pocos actos y están muy distantes de la vida, y si les faltara totalmente la forma, no tendrían ningún camino para vivir, viniendo a parar a un estado semejante a la nada. Los de la segunda tienen muchos actos y es más fácil su acceso a la vida; y si esta forma fuese tal que no hubiese medio para separarla de la materia que le es peculiar, entonces la vida alcanzaría el mayor grado de manifestación, permanencia e intensidad. La cosa privada totalmente de forma es la hyle, la materia: en ella no hay vida alguna, y es semejante a la nada. Las cosas subsistentes por una sola forma son los cuatro elementos, que están en el grado inferior del ser [respecto de la materia] en el mundo de la generación y de la corrupción; de ellos se componen las cosas dotadas de muchas formas; su vida es muy débil, pues no tienen más que un solo movimiento, y esa debilidad radica en que para cada uno de ellos hay un contrario, manifiestamente opuesto, que lo contrarresta en su tendencia natural y que propende a despojarlo de su forma; por lo cual no se consolida su existencia y su vida es débil. Las plantas tienen una vida más fuerte [que la que tienen los cuatro elementos]; los animales, mayor todavía, según lo que sigue: si en uno de estos compuestos la naturaleza de un elemento lo domina, éste, por razón de su poder, domina también la de los restantes, anula sus fuerzas, y el compuesto se somete al elemento dominador; por lo cual -de la misma manera que él- no es apto sino para unavida rudimentaria y débil. Si, por el contrario, no hay en el compuesto ningún elemento predominante, entonces todos los que lo integran son proporcionados e iguales; por tanto, ninguno anula la fuerza del otro en más proporción de lo que la suya propia, sino que los unos obran en los otros acciones iguales, ningún elemento actúa de modo más manifiesto que el otro, ni se apodera de él, y el compuesto está lejos de parecerse a ninguno de los elementos, como si su forma no tuviese contrario; por tanto, es apto para la vida. Por ende, cuanto mayor, más completa y más distante del desequilibrio es esta proporción, tanto más alejado está el compuesto de tener un contrario y es más perfecta su vida. Mas como el alma animal, que reside en el corazón, es precisamente muy proporcionada, ya que es más sutil que la tierra y el agua y más densa que el fuego y el aire, viene a estar en el término medio y ningún elemento le es contrario de un modo manifiesto, por lo cual resulta capaz de la forma de la animalidad.

Razonamientos que mostraron a Hayy el parecido de su alma con los cuerpos celestes

Vio Hayy deducirse de aquí necesariamente que la mejor proporcionada de estas almas animales es la más apta para la vida más perfecta que se halle en el mundo de la generación y de la corrupción; de esta alma casi puede decirse que su forma no tiene contrario; se parece, por tanto, a los cuerpos celestes, cuyas formas carecen de él. El alma de este animal, como realmente es medio entre los elementos, no se mueve de un modo absoluto ni hacia arriba ni hacia abajo; antes por el contrario, si se pudiese colocar a mitad de la distancia que hay entre [el centro del mundo] y la parte más alta a que puede alcanzar el fuego, sin sufrir ninguna corrupción, quedaría inmóvil en este sitio, sin tender a subir ni a bajar; si se moviese con movimiento de traslación, sería para girar alrededor del centro, como se mueven los cuerpos celestes; si lo hiciera con movimiento

de rotación, sería para girar alrededor de sí mismo, tomando inevitablemente la figura esférica. Tiene, por tanto, gran semejanza con los cuerpos celestes.

Hayy se ve entonces distinto de los demás animales

Como Hayy había examinado los modos de ser de los animales, no viendo en ellos nada por lo cual pudiera suponer que tenían noción de la existencia del Ser necesario, y en cambio sabía de su propia esencia que la tenía, concluyó que él era el animal dotado de alma proporcionada, semejante a los cuerpos celestes a que antes se aludió. Cercioróse de que él era de una especie distinta a la de los restantes animales y de que había sido creado para otro fin y con un destino más alto que ninguna otra especie animal. Bastábale para suponer su nobleza el ver que la parte más vil de las dos que lo componían, o sea, la corpórea, era la cosa más parecida a las sustancias celestes, situadas fuera del mundo de la generación y de la corrupción, exentas de las novedades de la imperfección, modificación y cambio. Y la más noble de ambas era aquella por medio de la cual conocía la existencia del Ser necesario: algo soberano y divino, que no tiene inherente la corrupción, que no puede calificarse con nada de lo que determina a los cuerpos, que no se percibe por los sentidos, que no se imagina, a cuyo conocimiento no puede llegarse por otro medio que por él mismo, pero capaz de conocerse a sí propio; que es a la vez el inteligente, lo entendido y la intelección, el sabio, lo sabido y la ciencia, y que no se diversifica por esto, pues la diversidad y la separación son cualidades de los cuerpos y propiedades inherentes suyas, y aquí no hay cuerpo ni cualidad ni propiedad corpórea.

Juzga necesario asemejarse a los cuerpos celestes y al ser necesario

Cuando se cercioró de cómo se distinguía de las demás clases de animales por su semejanza con los cuerpos celestes, vio que le era necesario parecerse a éstos, imitar sus actos y poner su esfuerzo en asemejárseles. Vio también que él mismo se parecía algo al Ser necesario, gracias a su parte más noble, con la cual lo conociera, en cuanto que estaba exenta de cualidades corpóreas, de la misma manera que dicho Ser. Entonces comprendió que tenía la obligación de trabajar por adquirir para sí mismo, de cualquier modo posible, los atributos de Aquél, revestirse de sus cualidades, imitar sus acciones, esforzarse en cumplir su voluntad, poner en sus manos todos los asuntos, conformarse de corazón, interior y exteriormente, y hasta con alegría, con todos sus juicios, aunque fueran para su cuerpo una causa de dolor, un perjuicio y aún su ruina total.

Otras asimilaciones que había de procurar, por ser cuerpo, por ser animal y por tener alma

Vio asimismo Hayy que se parecía a las restantes especies de animales por razón de su parte vil, la cual pertenece al mundo de la generación y de la corrupción, o sea, el cuerpo tenebroso y grosero que le exigía diversas cosas sensibles, como la comida, la bebida, la unión sexual; que este cuerpo no le había sido dado inútilmente, ni unídosele en vano, por lo cual tenía la obligación de cuidarlo y de ocuparse de sus necesidades, y este cuidado no lo podía tener, sino por medio de actos semejantes a los de los animales.

Los actos que tenía obligación de ejecutar se le representaban, pues, con una triple finalidad: unos, por los que se asemejaba a los animales irracionales; otros, por los que

se parecía a los cuerpos celestes; y otros, en fin, por los que tendía hacia el Ser necesario.

La primera asimilación le obligaba, en cuanto que tenía un cuerpo tenebroso, dotado de miembros diferentes, de facultades diversas y de instintos variados.

Obligábale la segunda, en cuanto tenía un alma animal, cuya sede es el corazón, principio de todo el cuerpo y de las facultades que en él existen. Y, finalmente, la tercera, en cuanto que él era la esencia por cuyo medio conocía al Ser necesario; y ya sabía él que su felicidad y su salvación del mal sólo estribaban en la continuidad de su visión intuitiva de este Ser necesario, hasta el punto de no apartarse de ella ni un abrir y cerrar de ojos.

Ventajas e inconvenientes de las tres asimilaciones dichas

Reflexionó después en el medio por el cual alcanzaría esta continuidad, y sus cavilaciones le llevaron a juzgar que le era necesario obtener las tres clases de asimilación. La primera no le serviría de nada para conseguir la visión intuitiva; antes por el contrario, lo desviaba y le impedía su consecución, puesto que se ocupaba de las cosas sensibles, y todas ellas son un velo que la intercepta. Pero esta asimilación es necesaria para la conservación del alma animal, con la que se consigue la segunda asimilación, o sea, la de los cuerpos celestes; por esta razón es necesaria, aunque no esté exenta del citado perjuicio. La segunda asimilación ciertamente que le procuraría una gran parte de la visión intuitiva continua; pero ésta estaría mezclada, puesto que quien posee tal modalidad de visión intuitiva continua, tiene, al mismo tiempo, conciencia de su propia esencia y se vuelve a ella, según se demostrará más adelante. La tercera asimilación le procuraría la visión intuitiva pura, la absorción absoluta, en la que por ninguna razón se tiende a otra cosa que hacia el Ser necesario: del que consigue esta visión intuitiva, se borra, se desvanece, desaparece su propia esencia; y lo mismo le ocurre con las demás esencias, muchas o pocas, excepto la esencia del Ser uno, la Verdad, el Necesario (¡honrado, enaltecido y ensalzado sea!).

Limitaciones que puso Hayy a su vida material, que era necesaria para su vida espiritual

Cuando se cercioró de que su último objetivo era esta tercera asimilación, y que no la podría obtener sino a fuerza de hábito y ejercicio en la segunda, durante largo tiempo, y que este plazo no podría prolongarlo sino mediante la primera -la cual él sabía que, a pesar de ser necesaria, era un obstáculo per se, aunque una ayuda per accidens-, se obligó a no ocuparse de ella sino en la medida necesaria, es decir, la menor cantidad suficiente, con la cual pudiera subsistir el alma animal. Vio que para que el alma subsista, se requieren necesariamente dos cosas: una, la que al interior la provee y repara las pérdidas que haya tenido, es decir, el alimento; otra, la que la preserva del exterior y aparta de ella toda causa de perjuicio, como el frío, el calor, la lluvia, el ardor del sol, los animales dañinos, etc. Comprendió que si tomaba estas cosas necesarias sin peso y sin medida y conforme le ocurriese, tal vez caería en el exceso y tomara más de lo suficiente, trabajando en contra de sí mismo sin darse cuenta. Creyó, pues, que debía fijarse unos límites que no traspasara, unas medidas que no pudiera rebasar; y comprendió que debía fijar también el género de las cosas con que se alimentara: cuáles serían, en qué cantidad y con qué intervalo entre comida y comida.

Clases y cantidad de alimentos que debía tomar

Consideró primero los géneros de las cosas de que debía alimentarse, y vio que eran de tres clases: plantas que no han acabado su crecimiento, ni han alcanzado el límite de su desarrollo, o sea, las diferentes clases de legumbres verdes, que se pueden comer; frutos de plantas, perfectos, llegados a sazón, que han producido sus semillas para que de ellas nazca otro ser de su especie, es decir, las distintas clases de frutos verdes o secos; y los animales comestibles, bien sean terrestres, bien sean marinos. Ya sabía él que todos estos géneros de alimentos eran obra del Ser necesario, en cuya aproximación había él visto que consistía su felicidad y al cual tendía a asemejarse.

Sin duda que el alimentarse de ellos les impedía alcanzar su perfección, y constituía una interposición entre ellos y el fin último a que estaban destinados; esto era oponerse a la acción del Agente, y esta oposición era algo contrario a su personal objetivo de acercarse y de asimilarse a Él. Vio, pues, que lo más conveniente le sería abstenerse de todo alimento, si fuera posible; pero no lo era: porque, si no comía, esto lo llevaría a la corrupción de su cuerpo, y sería además una oposición a su Agente, más grande aún que la primera, puesto que él era algo más noble que las otras cosas que habían de corromperse para que subsistiera él.

Optó, pues, por el mal menor, y se decidió por la oposición más ligera de las dos, juzgando que debía tomar entre los [indicados] géneros [de alimentos], a falta de algunos, aquellos que le fueran más fáciles, en la medida que después se indicará. Si todos se encontrasen [a su alcance], convenía entonces que se fijara y eligiera aquellos que de tomarlos no se siguiese una grande oposición a la acción del Agente, por ejemplo, la pulpa de las frutas que ya han llegado a la madurez y cuyas semillas son aptas para la generación de otros seres semejantes, con la condición de guardar estas semillas, de no comérselas ni destruirlas, ni echarlas en sitios impropios para la vida de las plantas, como las rocas, las tierras salitrosas, etc. Si no encontraba frutos de esta clase, dotados de carne comestible, como las manzanas, las peras, las ciruelas, etc, podría tomar entonces, o bien frutos de los que no es comestible más que la semilla, como las nueces y las castañas, o bien legumbres que no han llegado a su completo desarrollo, a condición, en estos dos casos, de preferir aquellos vegetales que fueran más abundantes y que tuvieran más fuerza reproductiva, de no arrancar sus raíces y de no destruir sus simientes.

Faltándole esto, podría tomar los animales o sus huevos, a condición de elegir entre los animales aquellos que fueran más numerosos y no destruir completamente ninguna especie.

Esto es lo que juzgó prudente hacer, respecto de las clases de alimentos que había de tomar. Por lo que toca a la cantidad, decidió que debía ser la precisa para acallar el hambre y no más. En cuanto al tiempo que había de mediar entre las comidas, determinó que, tomando el alimento suficiente, debía persistir sin buscar más, hasta que experimentase una debilidad tal que le impidiera algunos actos forzosos para la segunda asimilación, que en seguida se mencionarán.

En lo referente a las cosas necesarias para la subsistencia del alma animal y con las que se le protege del exterior, poco había de ocuparse de ellas, puesto que estaba vestido de pieles, y tenía una morada que le libraba de los agentes exteriores, y esto le era suficiente, sin preocuparse más de ello. En la comida, cumplió las reglas que se había impuesto, ya descritas por nosotros.

Busca Hayy la asimilación a los cuerpos celestes, según sus tres clases de cualidades

Después se dedicó al segundo [género] de actos, o sea, a la asimilación a los cuerpos celestes, a su imitación y a la adquisición de sus atributos. Estudió sus cualidades y encontró que eran de tres clases: primera, las que les pertenecen por relación a las cosas existentes bajo ellos en el mundo de la generación y de la corrupción, a saber, el calor que les comunican per se y el frío que les transmiten per accidens, la luz, la rarefacción, la condensación y todas las otras cosas que producen en el mundo, con las cuales adquieren aptitud para la emanación de las formas espirituales, que toman del Agente de existencia necesaria; segunda, cualidades que les atañen por su esencia, como la transparencia, el resplandor, la aparente falta de suciedad y de cualquier inmundicia y el movimiento circular: en unos, alrededor de su centro [rotación], en otros, alrededor del centro de otros astros [traslación]; y tercera, las que tienen por relación al Ser de existencia necesaria, como la visión intuitiva perpetua, el no apartarse de Él, amarlo, gobernarse según sus juicios, humillarse en el cumplimiento de su voluntad, no moverse sino según su deseo y bajo su poder. Hayy puso todo su esfuerzo en alcanzar la asimilación a estas tres clases de cualidades.

Hayy procura ejercer en los minerales, plantas y animales la misma acción beneficiosa que los cuerpos celestes

Por lo que toca a la primera clase, trató de asemejarse a [los cuerpos celestes], obligándose a no ver un animal o una planta que tuviese alguna necesidad, obstáculo, desgracia o calamidad, que él pudiera evitar, sin hacerlas desaparecer. Cuando hallaba una planta sin luz por cualquier causa, o adherida con otra que le perjudicaba, o hasta tal punto seca que pudiese perecer, quitábale el obstáculo, si le era posible, separaba de ella la planta dañina, con cuidado de no estropearla y regándola cuando podía. Si su vista se posaba sobre un animal acosado por una fiera, caído en un lazo, que se había clavado una espina, o que se le había introducido en el ojo o en el oído alguna cosa perjudicial, o atormentado por la sed o el hambre, Hayy se esforzaba por apartar de él todo ello, y darle de comer y de beber. Al ver el agua, corriendo para regar las plantas o para abrevar a los animales, detenida por un obstáculo, bien fuera una piedra que cayese en ella, bien un dique, él desembarazaba su camino.

Y no dejó de ocuparse en esta clase de asimilación, hasta que alcanzó en ella la meta.

Hayy procura imitar con su limpieza el resplandor de los cuerpos celestes, y hacer, como ellos, un movimiento circular

Por lo que toca a la segunda clase, trató de asemejarse a los [cuerpos celestes], obligándose a un continuo aseo, a quitar la suciedad y la inmundicia de su cuerpo, a lavarse con agua lo más frecuentemente posible, a limpiar sus uñas, sus dientes y las partes pudendas de su cuerpo, a perfumarse, en cuanto pudiera, con hierbas olorosas y con diversas pomadas aromáticas, a preocuparse de hacer otro tanto con sus vestidos, hasta que todo él resplandeciese de hermosura, de limpieza y de buen olor. Junto con esto se impuso diversas maneras de movimiento circular: unas veces daba la vuelta a la isla, recorriendo sus playas y bordeando sus límites; otras, lo hacía alrededor de su choza o de alguna roca, un número determinado de veces, bien andando, bien saltando con paso gimnástico; y otras, daba vueltas alrededor de sí mismo, hasta que se desvanecía.

Intenta asemejarse al ser necesario, abstrayéndose totalmente de la vida material y recurriendo al movimiento de rotación hasta desvanecerse

Por lo que toca a la tercera clase, se asemejaba [a los cuerpos celestes] obligándose a reflexionar sobre el Ser necesario apartándose de las cosas sensibles, cerrando los ojos, tapándose los oídos, luchando enérgicamente contra las seducciones de la imaginación y deseando con toda su fuerza no pensar en otra cosa que en Él, ni asociarle con el pensamiento ningún otro objeto. Para esto recurría al movimiento de rotación sobre sí mismo, excitándose en [acelerar] lo; cuando llegaba a ser muy vertiginoso, se le desvanecían las cosas sensibles, debilitábasele la imaginación y las demás facultades que necesitan de órganos corpóreos, fortaleciéndose, en cambio, la acción de su esencia que está libre del cuerpo; y en algunos instantes su entendimiento quedaba puro de toda mezcla y obtenía la visión intuitiva del Ser necesario. Luego, actuaban sobre él de nuevo las facultades corpóreas y le corrompían aquel estado «conduciéndolo al grado más bajo» y volviéndolo a su situación anterior. Si sentía debilidad, que le impidiese cumplir su deseo, se procuraba algún alimento, en las condiciones ya citadas. Luego tornaba a su ocupación de asimilarse a los cuerpos celestes, según las tres maneras arriba dichas, y se ocupaba en esto durante algún tiempo; luchaba contra las facultades corpóreas y ellas contra él; oponíaseles y se le oponían; y en los momentos en que lograba dominarlas y su pensamiento estaba puro de mezcla alguna, se le aparecía el fulgor de un estado, propio de los que alcanzan la tercera asimilación.

Reflexiones de Hayy acerca de los atributos positivos y negativos del ser necesario

Púsose luego a buscar ésta y a trabajar por alcanzarla. Reflexionó sobre los atributos del Ser necesario. Ya en sus especulaciones teóricas, antes de ponerlas en práctica, se había cerciorado de que estos atributos son de dos clases: positivos, como la ciencia, el poder, la sabiduría; y negativos, como la exención de las cualidades, atributos y accidentes de la corporeidad. Los atributos positivos exigen esta exención, de modo que en ellos no existe ninguna de las cualidades de los cuerpos, entre las que se cuenta la multiplicidad; por tanto, su esencia no se multiplica por estos atributos positivos, sino que, al contrario, todos se reducen a una sola noción, que es la realidad de su esencia. Entonces se puso a buscar el modo de asemejarse a Él, en cada una de estas dos clases.

Por lo que toca a los atributos positivos, sabiendo que todos ellos se reducen a la realidad de su esencia y que en ellos no hay multiplicidad bajo ningún aspecto, puesto que ésta es atributo de los cuerpos, y sabiendo que el conocimiento que Él tiene de su esencia es su esencia misma, se convenció de que si le era posible conocer la esencia divina, este conocimiento, por el cual llegase a ella, no sería una noción sobreañadida a la esencia de Dios, sino que sería Él mismo. Vio, pues, que la asimilación a Él en los atributos positivos consistía en no conocer más que sólo a Él, sin asociarle ningún atributo de los cuerpos, y a ello se dedicó.

Trata de eliminar de su propia esencia los atributos de la corporeidad, por medio del reposo y de la inmovilidad y del pensamiento en el ser necesario, solo, sin asociarle nada

Por lo que toca a los atributos negativos, todos se reducen a la exención de la corporeidad. Dedicose a eliminar de su propia esencia los atributos de la corporeidad. Ya había separado de ella muchos, en su ejercicio anterior, por el que trataba de

asimilarse a los cuerpos celestes; pero aún le quedaban bastantes, como el movimiento circular (pues el movimiento es el atributo más peculiar de los cuerpos); como el cuidado que tenía de los animales y las plantas, la compasión que sentía por ellos y la preocupación de quitarles los obstáculos, pues todas estas cosas son también atributos corpóreos, ya que de primera intención no los veía sino por medio de una facultad corporal, y después, por medio de una facultad también corporal, se ocupaba de ellos. Se dedicó a eliminar de su alma todos estos atributos, puesto que ninguno de ellos convenía al estado a que aspiraba: limitóse a reposar [inmóvil] en el fondo de su cueva, con la cabeza baja, los ojos cerrados, abstraído de las cosas sensibles y de las facultades corpóreas, concentradas todas sus preocupaciones y pensamientos sólo en el Ser necesario, sin asociarle nada. Y cuando a su imaginación se le representaba la especie de cualquier objeto, con toda su fuerza la apartaba y la rechazaba de sí.

A tal ejercicio se aplicó cuidadosamente durante largo tiempo. En algunas ocasiones pasó varios días sin comer y sin moverse. Y a veces en los momentos más culminantes de esta lucha, se borraban de su recuerdo y de su pensamiento todas las cosas, excepto su misma esencia, pues ésta no escapaba a su percepción en el momento en que se abismaba en la visión intuitiva del Ser, de la Verdad, del Necesario; ello le afligía, pues que le daba a entender que aún conservaba una mezcla en la visión intuitiva pura y una asociación en el acto de contemplar.

Hayy alcanza la visión intuitiva del ser necesario

No dejó de buscar la inconsciencia de su yo y la pureza en la intuición de la Verdad, hasta conseguirlo: de su recuerdo y de su pensamiento se borraron los cielos, la tierra y lo que entre ellos existe, todas las formas espirituales, las facultades corporales, las facultades separadas de la materia (que son las esencias que conocen al Ser), y hasta su misma esencia desapareció con todas estas cosas. Todo se desvaneció, se disipó «como polvillos aventados», y sólo quedó el Uno la Verdad, el Ser eterno, el que ha dicho con su palabra que no es cosa alguna sobreañadida a su esencia: «¿A quién pertenece hoy la soberanía? A Dios Único e Irresistible». Comprendió sus palabras y no le impidió comprenderlas ni su ignorancia del lenguaje, ni su incapacidad de hablar; abismose en aquel estado y vio intuitivamente lo que «ningún ojo ha visto, lo que ninguna oreja ha oído, lo que jamás se ha presentado al corazón de un mortal».

El autor del libro anuncia una explicación alegórica del «estado» que Hayy alcanzó

No aficiones, hermano, tu corazón a describir una cosa «que no se ha presentado jamás al corazón de un mortal»; porque si muchas cosas de las que se presentan a los corazones humanos son difíciles de describir, ¿qué ha de suceder con la que no tiene camino para presentársele, que no es del mundo ni de la categoría misma del corazón?

Por la palabra corazón no entiendo el órgano corpóreo así llamado, ni el espíritu que está alojado en su cavidad, sino que entiendo la forma de este espíritu, la cual, por medio de sus facultades, se extiende por todo el cuerpo del hombre. Ciertamente que cada una de estas tres realidades lleva el nombre de corazón; pero no hay medio de que tal cosa [el éxtasis] se represente por ninguna de ellas. Y como no puede explicarse sino aquello que por alguna de ellas se represente, resulta que quien pretenda explicar tal estado, pretende un imposible: es como si uno deseara gustar los colores, en cuanto colores, o pretendiese que lo negro, por ejemplo, es dulce o agrio.

A pesar de lo cual, no te dejaremos sin algunas indicaciones para explicarte las maravillas que Hayy vio intuitivamente en este estado; pero tan sólo en forma alegórica, no llamando a la puerta de la realidad, pues no hay otro camino para llegar a la certeza de lo que es este estado, sino alcanzándolo. Escucha, pues, ahora con los oídos de tu corazón y fíjate con los ojos de tu inteligencia en lo que te voy a indicar, pues tal vez encontrarás en ello una guía para el camino real. La única condición que te pongo es que no me pidas por ahora una explicación de viva voz, más amplia que la que confío a estas páginas, porque el camino es estrecho y resulta peligroso el explicar por medio de palabras una cosa inefable por su naturaleza.

Hayy, en su visión, pierde la noción de su esencia y de las demás esencias separadas, y llega a pensar que él es la misma esencia divina

Te diré que, luego de haber perdido Hayy la noción de su propia esencia y de todas las otras esencias, no viendo en la existencia más que al Uno, al Inmutable, tras de ver intuitivamente lo que vio y volver de nuevo a ver las cosas distintas de Dios al despertar de aquel estado semejante a la embriaguez, vínole a la mente la idea de que él no tenía esencia que le distinguiese de la Verdad; que la realidad de su esencia era la esencia de la Verdad; que la cosa que él primeramente ser su esencia, distinta de la de la Verdad, no era nada realmente, pues nada existía fuera de la esencia de la Verdad. Sucedía con esto lo que con la luz del sol, que cae sobre los cuerpos opacos y se ve aparecer en ellos: aunque se atribuye al cuerpo en el que aparece, no es en realidad nada distinto de la luz del sol; si el cuerpo desaparece, su luz también, pero la del sol queda íntegra, no se disminuye con la presencia de este cuerpo, ni se aumenta con su ausencia; cuando aparece un cuerpo apto para reflejar la luz, la refleja, y si tal cuerpo falta, falta esta reflexión y no tiene existencia.

Se afianzó Hayy en esta idea, considerando que antes se le había evidenciado que la esencia de la Verdad (¡poderosa es y grande!) no se multiplica por ningún respecto, y que el conocimiento que Dios tiene de su esencia es su esencia misma; de aquí infería necesariamente que quien consigue poseer el conocimiento de la esencia divina, posee la esencia divina; pero él había logrado el conocimiento, luego él poseía la esencia. Mas esta esencia divina se identifica con su misma posesión, y su posesión misma es la esencia; luego él era la misma esencia divina. Igual le sucedía con todas las esencias separadas de la materia, que conocen esta esencia verdadera, las cuales antes le parecían múltiples, y ahora, mediante esta opinión, le resultaban una sola cosa.

Naturaleza de las esencias separadas, que conocen la verdad

Tal vez este equívoco se hubiera consolidado en su espíritu, si Dios no hubiera tenido misericordia de él y no lo hubiera guiado ordenadamente. Entonces comprendió que la falsa idea se le suscitaba por un resto de la tenebrosidad del cuerpo y de las impurezas de las cosas sensibles, pues las ideas de mucho y poco, de uno y unidad, de pluralidad, reunión y separación, son todas atributos de los cuerpos, y estas esencias separadas, que conocen la esencia de la Verdad (¡honrada y ensalzada sea!), por su exención de la materia, no puede decirse que sean muchas o una, porque la pluralidad nace únicamente de la mutua distinción entre las esencias, así como la unidad no existe sino por la unión; y ninguna de estas cosas se concibe, salvo en las ideas compuestas, revestidas de materia.

Pero las explicaciones aquí son muy difíciles; porque si hablas de las esencias separadas, bajo la forma de pluralidad, como hablamos ahora, esto supone que existe en ellas una idea de multiplicidad, siendo así que no la tienen; y si hablas bajo la forma de singularidad, ello hace pensar en la idea de unidad, que es [también] imposible que tengan.

Objeción, basada en la confusión de lo uno y de lo múltiple, a que se llega considerando el estado de Hayy, y se resuelve teniendo en cuenta que la «manera» mística es diferente de la facultad lógica ordinaria

Me parece ver levantarse aquí un murciélago de esos a quienes el sol nubla los ojos, debatiéndose bajo las cadenas de su tenebrosa ignorancia, para decir:

«Ciertamente tu sutileza avanza tanto que se aparta de lo natural en los hombres dotados de razón, y rechaza la autoridad de ella; porque un decreto de la razón es que la cosa o es una o es múltiple». Modere su ardor, suavice la aspereza de su lenguaje, desconfíe de sí mismo e instrúyase, estudiando en el mundo sensible y vil, de cuyas capas forma parte, así como lo hizo Hayy ibn Yaqzan, cuando, considerándolo desde un aspecto, lo encontraba múltiple con una multiplicidad inacabable y sin límites, y mirándolo desde otro aspecto, lo hallaba uno, y quedaba dudando en esta cuestión, sin poder resolverla en un sentido con preferencia a otro. Ahora bien, el mundo sensible es el lugar de origen de la pluralidad y de la unicidad; en él se comprende la realidad de estas dos ideas; en él se hallan la separación y la unión, la agregación y la distinción, la coincidencia y la discrepancia; ¿qué había, pues, de pensar del mundo divino, respecto del cual no se dice todo ni parte, ni se puede hablar con palabras usuales, sin suponer ya en él algo contrario a su realidad; que no lo conoce, sino aquel que lo ha visto intuitivamente; que sólo tiene idea exacta de su realidad aquel que ha conseguido alcanzarla? Respecto de su frase: «Hasta se aparta de lo natural en los hombres dotados de razón y rechaza la autoridad de ella», estamos conformes con él y le dejamos con su razón y sus hombres razonadores. Porque la razón, a que él y sus secuaces quieren aludir, no es más que la facultad lógica que examina los seres sensibles individuales, para abstraer de ellos la idea universal; y los hombres razonadores, según ellos, son los que especulan siguiendo este método; mientras que la manera de que nosotros hablamos está sobre todo esto. Que cierre, pues, sus oídos aquel que sólo conoce las cosas sensibles y sus universales, y que vuelva a reunirse con sus congéneres, los cuales «conocen las apariencias de la vida de aquí abajo, y, en cambio, de la otra vida, no se preocupan».

Visión por Hayy de la esfera suprema

Si eres de los que se satisfacen con este género de alusiones e indicaciones respecto de lo tocante al mundo divino, y no das a nuestras palabras la acepción que les atribuye el uso corriente, te diremos alguna cosa más de lo que vio Hayy ibn Yaqzan en la morada, anteriormente citada, de los que poseen la sinceridad.

Después del abismamiento absoluto, del completo aniquilamiento [de sí mismo] y de la realidad de la unión, contempló intuitivamente la esfera suprema, la cual no es cuerpo, y vio que era una esencia exenta de materia, que no es la esencia del Uno, de la Verdad, ni es la esfera misma, ni algo distinto de estos dos entes, sino que es como la imagen del sol, reflejada en un espejo pulimentado:

esta imagen no es el sol, ni es el espejo, ni es algo distinto de estas dos cosas. Vio que la esencia de esta esfera, esencia separada, tenía una perfección, un resplandor y una belleza demasiado grandes para que las pueda describir la lengua humana, y demasiado sutiles para revestir la forma de letras o sonidos. Y la vio en el colmo del placer, de la alegría, de la felicidad y del contento, causados por la contemplación intuitiva de la esencia de la Verdad (¡ensalzada sea su majestad!).

Visión por Hayy de la esfera de las estrellas fijas: símil de los espejos que van reflejando luces

Vio también que la esfera siguiente, o sea, la de las estrellas fijas, tenía una esencia asimismo exenta de materia, que no era la esencia del Uno, de la Verdad, ni la esencia separada, propia de la esfera suprema, ni la segunda esfera misma, ni algo distinto a ellas, sino que era como la imagen del sol que se refleja en un espejo, que recibe esta imagen por reflexión de otro, puesto frente al sol.

Vio también que esta esencia tenía un resplandor, una belleza y un placer semejantes a los que había visto que poseía la esfera suprema. Vio asimismo que la esfera siguiente, o sea la de Saturno, tenía una esencia separada de la materia, que no era ninguna de las esencias que había visto antes, ni tampoco algo distinto a ellas, sino que venía a ser como la imagen del sol reflejada en un espejo, que la refleje de otro [segundo], el cual la refleje a su vez de un [tercero] puesto frente al sol. Vio que esta esencia tenía también un esplendor y un placer semejantes a los de las anteriores.

Vio, sucesivamente, que cada esfera poseía una esencia separada, exenta de materia, que no era ninguna de las esferas precedentes, ni tampoco algo distinto de ellas, sino como la imagen del sol, reflejada de espejo en espejo, siguiendo el orden mismo en que están ordenadas las esferas; y vio que cada una de estas esencias tenía una belleza, un esplendor, un placer y una alegría «que ningún ojo vio, ni ningún oído oyó, ni jamás se han presentado al corazón de un mortal».

Visión por Hayy de la esfera de la Luna

Finalmente, llegó en sus reflexiones al mundo de la generación y de la corrupción, compuesto por todo lo que hay dentro de la esfera de la luna, y vio que tenía una esencia exenta de materia, que no era ninguna de las que antes había visto, ni tampoco cosa distinta de ellas; que esta esencia [el alma universal] tiene setenta mil caras, cada cara con setenta mil bocas, cada boca con setenta mil lenguas, que alaban, bendicen y glorifican sin tregua a la esencia del Uno, de la Verdad. Vio que esta esencia, en la cual se supone la pluralidad sin que ella sea múltiple, tiene una perfección y un placer semejantes a los que había visto en las esencias precedentes; y que es como la imagen del sol reflejándose en un agua trémula, que a su vez refleje la imagen tomada de un espejo, que recibe la última reflexión, según el orden ya citado, del espejo puesto frente al sol mismo.

Visión por Hayy de su propia esencia

Después vio que él, el propio Hayy, tenía una esencia separada. Si fuera posible dividir en partes la esencia de las setenta mil caras [del alma universal], podría pensarse que esta esencia [suya, separada] era una de aquellas partes; y si no fuese porque ha sido

producida después de no existir, también podría decirse que era la misma [esencia de las setenta mil caras, o alma universal]; y si esta esencia [suya] no hubiese sido individualizada por su cuerpo, al tiempo de su producción, cabría suponer que no fue producida.

Las más excelsas visiones de Hayy

Vio en este mismo plano esencias, semejantes a la suya, de cuerpos que fueron y después se disiparon, y de otros que, como él, permanecían en la existencia; vio que estas esencias son infinitas, si es lícito denominarlas como varias, o que son todas una sola, si se puede hablar así. Vio que su propia esencia y estas otras que estaban en su mismo plano tenían una hermosura, un esplendor, un placer sin límites, que «ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni se ha presentado jamás al corazón de un mortal», ni las pueden describir los que saben describir, ni las pueden comprender sino los que [las] conocen por haber alcanzado [el éxtasis].

Vio muchas esencias separadas de la materia, que eran como espejos empañados, cubiertos de inmundicia, que, además, estaban de espaldas a los otros pulimentados, en los que se refleja la imagen del sol, y apartaban de ellos sus caras. Vio en estas esencias una fealdad y una imperfección que nunca había pensado; vio que, sumidas en dolores sin fin, en angustias incesantes, eran circundadas por un torbellino de tormentos, quemadas por el fuego del velo de la separación y como aserradas alternativamente por las sierras de la repulsión y la atracción.

Vio aquí, a más de estas esencias atormentadas, otras que aparecían y luego se disipaban, que se formaban y luego se deshacían. Se fijó en ellas y las observó atentamente «y vio una gran agitación, una cosa enorme (caos), un plan creador incesante, un decretar eficaz, la adecuación última de la materia orgánica, el soplo divino emitiendo el espíritu, la emanación de éste uniéndose al cuerpo y la metempsicosis».

Hayy sale del éxtasis

Poco tiempo estuvo sin recobrar sus sentidos; despertó de aquel estado, que era semejante al desvanecimiento, deslizó su pie de esta mansión, se le apareció el mundo sensible y se borró de su vista el divino; pues no es posible la reunión de los dos en un solo estado. El mundo de aquí abajo y el otro mundo son como dos coesposas: si se satisface a una, se irrita la otra.

Naturaleza de las esencias divinas y de las almas soberanas, que no pueden conocerse aplicando el criterio lógico

Acaso, hermano, digas: «Resulta de lo que has contado respecto de esta visión que las esencias separadas, si pertenecen a un cuerpo eterno e incorruptible, como las esferas, son también eternas; y si pertenecen a un cuerpo corruptible, como los animales racionales, se corrompen también ellas, desaparecen y se aniquilan, según la comparación de los espejos reflectores; porque la imagen no subsiste, sino en cuanto que subsiste el espejo, y si este se corrompe, aquella se corromperá con toda seguridad y se disipará». Y yo te respondo:

«¡Cuán pronto has olvidado el pacto, apartándote de lo convenido! ¿Acaso no te hemos dicho antes que aquí el campo de la interpretación es estrecho y que las palabras suponen siempre algo distinto de la realidad?».

«Esto que tú has objetado, sólo tiene su origen en que pusiste al objeto que se compara y al comparado bajo una misma ley en todos los aspectos, cosa que no conviene hacer en ningún género de discusión usual, cuanto menos aquí. El sol, la luz, su imagen, su figura y los espejos e imágenes que en ellos resultan son todos cosas inseparables de los cuerpos, y que no subsisten más que en ellos y por ellos, necesitando de ellos para existir y desapareciendo cuando les faltan.

Por el contrario, las esencias divinas y las almas soberanas están todas exentas de la corporeidad y de sus accidentes y completamente libres de los cuerpos, sin nexo ni relación alguna con ellos, siéndoles, por tanto, indiferente la desaparición o la permanencia, la existencia o el aniquilamiento de los cuerpos. Sólo tienen unión y relación con la esencia del Uno, de la Verdad, del Ser necesario, que es la primera de ellas, su principio, la causa que las hace existir, que les da la duración y les comunica la permanencia y la eternidad. No tienen estas esencias necesidad de los cuerpos; son ellos quienes las precisan; si se aniquilaran, sucedería lo propio a los cuerpos, porque ellas son sus principios. Lo mismo ocurriría si fuera posible que se aniquilase la esencia del Uno, de la Verdad (¡no hay más Dios que Él!, ¡ensalzado y glorificado sea!):

dejarían de existir las esencias a que nos referimos, los cuerpos y el mundo sensible en su totalidad, no quedando ser alguno, porque todas las cosas están en relación unas con otras. Y aunque el mundo sensible siga al divino como si fuera su sombra, y éste, por ser independiente, pueda pasarse sin aquél, no es lícito, sin embargo, suponer su no-existencia, porque él sigue al mundo divino, y su corrupción sólo indica un cambio, pero de ninguna manera la no-existencia en absoluto. De esto habla el Libro Santo en el lugar que dice que «las montañas serán levantadas violentamente», «y vendrán a ser como vellones de lana», «y los hombres como mariposas», que «el sol y la luna serán envueltos en las tinieblas», «y que los mares se extenderán» «en el día que la tierra se cambie en otra cosa distinta de la tierra y [lo mismo] los cielos».

Esto es todo lo que te puedo decir ahora, hermano, de lo que vio Hayy ibn Yaqzan en esta estación noble. No pidas [que te explique] más por medio de palabras, porque esto es casi imposible.

Hayy se esfuerza en conseguir el éxtasis de modo habitual

Por lo que toca al fin de su historia, te la daré a continuación. Cuando volvió al mundo sensible, después de la excursión realizada, sintió fastidio de los cuidados de la vida mundana, aumentándose en cambio su deseo de la futura, y puso empeño en volver a alcanzar otra vez aquel estado, por los mismos medios que primeramente empleara; alcanzóle con menos esfuerzo que la vez primera y en él permaneció más tiempo; después, volvió al mundo sensible. Luego, se preocupó de alcanzar de nuevo aquel estado, lográndolo ya con más facilidad que las dos primeras veces y durante más largo tiempo. Prosiguió así en la consecución de tal estado, cada vez con más facilidad y duración, hasta llegar ya a alcanzarlo siempre que era su voluntad. Permanecía en este estado y sin apartarse de él, más que por las necesidades de su cuerpo, reducidas ya a la menor cantidad posible para la vida. A la vez, deseaba que Dios (¡honrado y ensalzado

sea!) lo separase del todo de su cuerpo (que le solicitaba a abandonar aquel estado), a fin de entregarse de continuo a sus delicias y librarse del dolor que sufría en el momento de abandonarlo, por atender a sus necesidades corporales.

De esta manera continuó, hasta pasar los siete septenarios de su existencia, o sea, los cincuenta años de su edad. Entonces fue cuando entabló amistad con Asal. La historia de sus relaciones con éste es la que con la voluntad de Dios te vamos a contar.

Historia de Asal y Salaman

Cuentan que en una isla cercana a aquella en donde nació Hayy ibn Yaqzan, según una de las dos versiones relativas a su origen, habíase introducido una de las religiones verdaderas, derivadas de uno de los antiguos profetas (¡las bendiciones de Dios sean sobre ellos!). Era una religión que expresaba todos los seres reales por medio de alegorías que daban las imágenes de estas cosas reales y que fijaban así en las almas humanas sus significaciones, como es costumbre en el lenguaje destinado al vulgo. No cesó esta religión de extenderse por aquella isla, de fortalecerse y de manifestarse, hasta que su rey la abrazó e impulsó a la gente a que la adoptara.

Diversos criterios de Asal y de Salaman en punto a religión: aquél partidario del retiro; éste, de la vida social

Vivían allí dos jóvenes virtuosos y amantes del bien, llamados el uno Asal y el otro Salaman. Al conocer esta religión, la adoptaron de buen grado, dedicándose a cumplir todas sus leyes y aplicándose observar todas sus prácticas, para lo cual vivían juntos. Algunas veces se esforzaban por conocer el alcance de las palabras de esta religión que tratan de Dios (¡honrado y ensalzado sea!) y de sus ángeles, de la descripción de la resurrección y de los premios y castigos de la vida futura. De ambos, Asal era muy sagaz para penetrar en el sentido íntimo de las cosas, muy propenso a adivinar lo esotérico de las ideas espirituales y partidario de la interpretación alegórica; Salaman, al revés, prefería el sentido exterior, absteniéndose de la interpretación, del libre examen y de la especulación. Ambos eran, no obstante, celosos en el cumplimiento de las prácticas exteriores, en el examen de conciencia y en la lucha contra las pasiones. Tenía esta religión máximas que invitaban al retiro y a la soledad, dando a entender que en ésta se hallan la felicidad y la salvación, y otras que invitaban al trato y sociedad con los hombres. Asal se dedicó a buscar el retiro, prefiriendo las máximas que trataban de él, porque por naturaleza tendía a una continua meditación y a la busca de interpretaciones y de sentidos místicos de las ideas; y esperaba alcanzar en la soledad muchas de estas cosas.

Salaman, por el contrario, inclinándose a las máximas que juzgan preferible el trato social, buscaba la compañía de los hombres, por su natural apatía hacia la meditación y el libre examen; según su opinión, la vida mundana permitía además fácilmente apartar las tentaciones, alejar los malos pensamientos y librarse de las sugestiones de los demonios. Tal divergencia de criterio fue causa de que ambos se separasen.

Asal se retira a la isla donde Hayy vivía

Asal había oído hablar de la isla en que se dice que había sido formado Hayy ibn Yaqzan; sabía de su fertilidad, sus productos, su clima templado, y esperaba que la

soledad en esta isla lo llevaría a la satisfacción de su deseo. Decidióse, pues, a trasladarse a ella y a vivir allí alejado de la gente. Reunió todos sus bienes, alquiló con parte de ellos un navío que lo llevase a aquel paraje, y el resto lo repartió a los pobres; despidióse de su compañero, y surcó las olas del mar. Los marineros lo llevaron a la isla, dejándole en la playa, y partieron. Quedó allí Asal, adorando a Dios (¡honrado y ensalzado sea!), exaltándolo, santificándolo, meditando sobre sus santos nombres y acerca de sus atributos excelsos, sin que nada le interrumpiese el pensamiento, ni le turbase la meditación. Cuando tenía necesidad de alimentarse, comía frutas de la isla o algo de caza, para satisfacer el hambre. De esta manera pasó algún tiempo en la más completa felicidad y en la mayor intimidad con su Señor; en cada día se le mostraban sus beneficios, sus dones, sus regalos, y cómo le facilitaba la satisfacción de sus necesidades y su sustento, todo lo cual contribuía a fortalecer su viva fe y a consolar su corazón.

En este tiempo, Hayy ibn Yaqzan estaba completamente abismado en sus éxtasis sublimes y no abandonaba su cueva más que una vez a la semana para tomar el alimento que se le presentaba. Por esta razón, no lo descubrió Asal desde el primer momento; al contrario, había dado la vuelta a las playas de la isla y recorrido sus comarcas, sin ver hombre alguno ni descubrir sus huellas. Con esto se aumentó su alegría, ensanchándosele el corazón, puesto que se había decidido a llegar al último extremo en busca del retiro y de la soledad.

Encuentro de Asal con Hayy Ibn Yaqzan

Al fin ocurrió, en cierta ocasión, que salió Hayy ibn Yaqzan a buscar su comida por el mismo sitio a que Asal se había dirigido, y ambos se vieron. Asal no tuvo duda de que Hayy era un asceta solitario, venido a esta isla para buscar el retiro como él; temió que al abordarlo y trabar conocimiento con él fuese causa de turbación en su propio estado y obstáculo para la realización de sus deseos.

Hayy ibn Yaqzan no supo qué era aquello, puesto que no veía en él la forma de ninguno de los animales que había visto hasta aquel momento: vestía Asal una túnica negra de pelo y de lana; Hayy creyó que era piel natural, y se quedó contemplándolo muy admirado. Volvióse Asal y huyó, temeroso de distraer al supuesto asceta en su meditación; y Hayy ibn Yaqzan siguió sus pasos, por su tendencia natural a examinar las realidades de las cosas. Cuando vio Hayy que huía velozmente, se quedó rezagado y se ocultó. Asal engañóse, sospechando que se había apartado de él y alejado de aquellos lugares; entregóse, pues, de nuevo a la oración, a la lectura, a las invocaciones, a las lágrimas, a las súplicas y a los gemidos, hasta que olvidó todo lo demás.

Pero Hayy ibn Yaqzan fue acercándosele poco a poco, sin que Asal lo notara; aproximósele tanto, que oía sus lecturas y sus alabanzas a Dios y veía su humilde actitud y sus lágrimas; oyó una hermosa voz y unos sonidos articulados armoniosamente, cual no había encontrado en ninguna clase de animales. Se fijó en la forma y líneas de su aspecto y vio que eran iguales a las suyas, cerciorándose de que la túnica que llevaba no era una piel natural, sino un vestido hecho, como el suyo propio. Al ver su compunción, sus súplicas y sus lágrimas, no dudó que era una de las esencias que conocen la Verdad. Sintió afecto por él y quiso saber qué tenía y cuál era la causa de su llanto y de sus plegarias. Se acercó más a él, hasta que Asal lo sintió y apretó a correr; Hayy ibn Yaqzan le persiguió, dándole alcance, gracias a la fuerza y a la

capacidad, así intelectual como física, con que Dios lo había dotado; lo agarró y sujetó de modo que no podía escaparse. Al fijarse Asal en él y verlo vestido con pieles de animales recubiertas de pelo, con los cabellos tan largos que le cubrían gran parte del cuerpo, tan veloz en la carrera y tan valiente, le tomó miedo; empezó a suplicarle y a rogarle, con palabras que Hayy ibn Yaqzan no comprendía ni sabía lo que eran, y en las cuales sólo distinguía señales de una violenta emoción. Mostróse afable con él, mediante voces que había aprendido de algunos animales; le pasó la mano por la cabeza y por los costados, lo acarició y se le mostró con rostro alegre y contento, hasta que Asal perdió el miedo, y vio que no intentaba nada malo contra él.

Asal da a Hayy a comer provisiones de las que guardaba del mundo, y esto le sirve de obstáculo para conseguir el éxtasis

Asal, de tiempo atrás, por su afición a la ciencia de la interpretación, había aprendido muchas lenguas, y era experto en ellas; se puso, pues, a hablar a Hayy ibn Yaqzan y a preguntarle por su condición, en todos los idiomas que sabía, tratando de hacerse entender, sin lograrlo; Hayy en todo esto se admiraba de las palabras, sin saber lo que eran y sin ver otra cosa en ellas que alegría y afabilidad. Cada uno de ambos, pues, se admiraba del otro.

Asal guardaba restos de las provisiones, traídas de la isla habitada, y se las ofreció a Hayy, el cual no supo lo que eran, porque nunca las había visto. Comió Asal y le indicó por señas que comiera; pero Hayy pensó en las obligaciones que se había impuesto respecto de la comida, y como no conociese el origen de aquello que se le presentaba, ni si le sería o no lícito el tomarlo, se abstuvo de comer. Asal siguió rogándole e invitándole, y como Hayy le había tomado afición, temió afligirlo, si seguía rehusando; tomó, pues, por fin de aquellas provisiones y comió. Pero una vez que las hubo probado, encontrándolas buenas, le pareció mal lo que había hecho, violando sus compromisos respecto de las condiciones de la comida; arrepintióse de su acto y quiso separarse de Asal, para dedicarse a su ocupación de buscar la vuelta al éxtasis sublime.

No alcanzó la visión intuitiva con celeridad, y entonces pensó en seguir con Asal en el mundo sensible, hasta conocer la verdadera condición de éste y perderle todo afecto, después de lo cual volvería a su éxtasis sin que nadie ya le distrajera. Se impuso, pues, la compañía de Asal. A su vez éste, viendo que Hayy no hablaba, se tranquilizó respecto de los peligros a que su nuevo compañero podría exponer su devoción; confió en hacerle aprender el lenguaje, la ciencia y la religión, con lo cual obtendría una gran recompensa y una gran aproximación a Dios.

Asal enseña a Hayy a hablar

Comenzó Asal a enseñarle a hablar. Primero le mostraba los objetos, diciendo sus nombres; se los repetía y le hacía reproducirlos. Hayy los pronunciaba también al mostrárselos; así llegó a enseñarle todos los nombres, y poco a poco consiguió que hablara, en un corto período de tiempo.

Asal empezó entonces a preguntar a Hayy por su condición y por el lugar de donde había venido a aquella isla; éste le hizo saber que ignoraba su principio, y no tenía idea de padre ni de madre, fuera de la gacela que lo había criado. Y le contó todo lo que a él

se refería y cómo había aumentado gradualmente sus conocimientos hasta llegar al grado de la unión [divina].

Asal se maravilla al saber que Hayy ha llegado, por la razón natural, a los más altos grados espirituales que él pensaba alcanzar por medio de la religión

Cuando Asal le oyó describir estas realidades y esencias, separadas del mundo sensible, conocedoras de la esencia de la Verdad (¡honrada y alabada sea!); cuando le oyó describir la esencia de la Verdad (¡ensalzada y glorificada sea!) con sus santos atributos; cuando le oyó explicar, dentro de lo posible, lo que vio en el grado de la unión divina, así de los placeres de los que lo han alcanzado, como de los tormentos de los privados de él, no dudó de que todas las cosas contenidas en su ley religiosa, respecto de Dios (¡honrado y ensalzado sea!), de sus ángeles, de sus libros, de sus profetas, del día del juicio final, de su gloria y de su infierno, eran símbolos de lo que había visto intuitivamente Hayy ibn Yaqzan. Se abrieron los ojos de su corazón, se encendió el fuego de su pensamiento, púsose en su alma de acuerdo lo racional con lo tradicional, los métodos de la interpretación alegórica se le hicieron más familiares, no encontró ya en la ley dificultad alguna que no se le hiciera evidente, ni cosa cerrada que no se le abriera, ni oscura que no se le iluminase. Vino a ser uno de esos hombres «dotados de tal penetración que, sin detenerse en la corteza y sobrehaz de los problemas, profundizan lo más abstruso de ellos, lo que constituye su médula y su esencia». Por esto miraba a Hayy ibn Yaqzan con veneración y respeto, certificándose de que era uno de los Santos de Dios, «que no tendrán ningún temor ni serán afligidos». Se impuso la obligación de servirlo, de imitarlo y de seguir sus indicaciones que se le ofreciesen, aprendidas ya por él en su religión.

Hayy encuentra acorde lo que Asal le comunica de la religión con lo que él mismo había aprendido por la razón

Hayy ibn Yaqzan, a su vez, le preguntó por él y por su condición. Asal le describió el estado de su isla y de la gente que en ella había; su manera de vivir, antes de haber llegado a ella la religión y después de haberla recibido. Le contó todo lo que aparecía en la ley sobre la descripción del mundo divino, de la gloria, del infierno, de la resurrección, de la reunión del género humano resucitado, de la cuenta [que habrá de dar], de la balanza y del puente.

Comprendió Hayy todo esto y no halló nada contradictorio a lo que él había visto en su éxtasis sublime; conoció que el autor y portador de estas descripciones era veraz en sus relatos, verídico en sus palabras y Enviado de parte de Dios; creyó, por tanto, en él, le dio crédito y rindió testimonio de su divina misión.

Luego siguió preguntando a Asal respecto de los preceptos que este Enviado de Dios había traído y sobre las prácticas religiosas que impusiera. Asal le habló de la oración, la limosna legal, el ayuno, la peregrinación y otras prácticas exteriores semejantes; Hayy las aceptó y se las impuso como obligación, dedicándose a cumplirlas, para obedecer el mandato de aquél cuya veracidad le era evidente.

Causa a Hayy extrañeza que el Profeta empleara alegorías y que los hombres se preocuparan de las riquezas y cosas materiales

Sin embargo, había dos cosas que le produjeron admiración, y respecto de las cuales no encontraba razón explicable. Una era, por qué este Enviado empleaba alegorías al hablar a los hombres, en la mayor parte de las cosas que les contaba respecto del mundo divino, y se abstenía de descubrir claramente la Verdad, hasta el extremo de hacer caer a la gente en el grave error de atribuir cuerpo [a Dios] y de suponer en la esencia de la Verdad cosas de las que está exenta y libre; pudiéndose decir lo mismo respecto de los premios y los castigos.

Otra era, por qué se limitaba a estos preceptos y a estas prescripciones rituales, y permitía la adquisición de riquezas y la laxitud respecto a las comidas, hasta el punto de que los hombres se entregasen a ocupaciones inútiles, apartándose de la Verdad. Porque la opinión de Hayy era que nadie debía comer más cosas que las precisas para que subsista un soplo de vida; y respecto de las riquezas, nada eran a sus ojos. Veía las disposiciones de la ley, relativas a este punto, como la limosna ritual en sus varias clases, las ventas, la usura, las penas dictadas por la ley o dejadas a la apreciación del juez, y todo esto le parecía extraño, a la vez que lo hallaba inútil; y entre sí decía que, si los hombres comprendiesen este asunto en su realidad, se apartarían seguramente de las cosas inútiles, dirigiéndose sólo a la Verdad y prescindiendo de todas las [leyes citadas]; nadie tendría propiedad privada por la que hubiera de pagar limosna legal, o por cuyo hurto se hubieran de cortar las manos [al ladrón], o cuyo robo público hubiera de castigarse con pena capital.

Lo que le sugería tal creencia era su opinión de que todos los hombres están dotados de un natural excelente, de una inteligencia penetrante, de un ánimo resuelto. No sabía lo estúpidos, imperfectos, faltos de juicio e inconstantes que son los hombres; ignoraba que son «como las bestias y aún más extraviados que ellas del buen camino».

Desea Hayy comunicar a los hombres la verdad

Como tuviese, pues, gran compasión hacia los hombres y desease que la salvación les llegara sirviendo él de intermediario, concibió el deseo de aproximarse hasta ellos para exponerles claramente la verdad y hacérsela evidente.

Confió este designio a su compañero Asal y le preguntó si le sería posible hallar un medio para acercárseles. Asal le informó sobre el natural imperfecto de los hombres y sobre el apartamiento en que viven de los preceptos divinos, pero Hayy no lograba comprender esto, y en su interior siguió aferrado a su primera esperanza. Asal, por otra parte, deseaba también ser el medio por el cual Dios dirigiese a algunos hombres de los que lo conocen, a los iniciados, que están más cercanos a la salvación que los otros; y, así, acompañó a Hayy en su intento.

Juzgaron de común acuerdo que debían permanecer en la orilla del mar, de día y de noche, por si acaso Dios les facilitara el medio de cruzarlo.

Así lo hicieron, suplicando humildemente en sus oraciones a Dios (¡honrado y ensalzado sea!) que los guiase en su empresa.

Hayy y Asal se trasladan a la isla gobernada por Salaman

Sucedió por voluntad divina (¡honrada y ensalzada sea!) que un navío perdió su ruta, y los vientos y las olas tempestuosas lo arrojaron a la orilla de esta isla. Al acercarse a tierra, la gente de a bordo vio a los dos hombres en la playa y se aproximaron hacia ellos. Asal les habló y les pidió que los embarcaran. Accedieron a ello y les hicieron entrar en el navío. Dios les envió un viento suave que llevó al barco en muy poco tiempo a la isla, adonde ellos deseaban ir. Desembarcaron ambos y entraron en la ciudad. Los amigos de Asal vinieron a verle, y éste les contó la historia de Hayy ibn Yaqzan. Ellos lo rodearon con ávida curiosidad, se admiraron de su caso, se reunieron con él, le honraron y lo reverenciaron. Asal hizo saber a Hayy que este grupo de hombres era más inteligente y perspicaz que la generalidad, y que si no lograba instruirlos, menos lo conseguiría con el vulgo. El jefe y príncipe de esta isla era Salaman, aquel amigo de Asal, que había juzgado mejor dedicarse al trato social, y que tenía por ilícito el retiro.

Las enseñanzas de Hayy son despreciadas por los hombres, incapaces de comprender tales sublimidades

Hayy ibn Yaqzan se dedicó a instruirlos y a revelarles los secretos de la sabiduría. Mas apenas se elevó un poco sobre el sentido exterior y comenzó a describirles [verdades] contrarias a las que antes habían entendido, se apartaron de él; sus almas tomaron horror a las doctrinas que el traía; en su interior, se irritaron contra él, aunque le mostraran buena cara, por consideración a su carácter de extranjero y por respeto a su amigo Asal. No dejó Hayy de manifestarse benévolo con ellos, día y noche, y de mostrarles la Verdad en privado y en público; pero esto no les produjo otro efecto que desdén y aversión, no obstante ser amigos del bien y deseosos de la Verdad; sólo que ellos, por su imperfección natural, no buscaban la Verdad por el debido camino, ni la tomaban por su exacta dirección, ni llamaban a su puerta, sino que querían conocerla por el camino común de los hombres. Desesperó, pues, de corregirlos y renunció a la ilusión de que aceptaran [sus doctrinas]. Examinó luego las categorías de los hombres y vio que «los de cada categoría, contentos con lo que tienen delante, toman por dios a sus pasiones» y por objeto de adoración a sus deseos; se matan por poseer las vanidades del mundo, «absorbidos por el cuidado de atesorar, hasta que visitan la tumba»; no les aprovechan las advertencias, no les hacen ningún efecto las palabras buenas, la discusión sólo les aumenta la pertinacia; no tienen ningún camino para llegar a la sabiduría ni poseen una mínima parte de ella. Están sumergidos en la ignorancia, «y los bienes que persiguen han invadido sus almas como la suciedad. Dios ha sellado sus corazones y sus oídos, y sobre sus ojos se extiende un velo. Un gran castigo les espera».

Cuando vio que el velo del castigo los rodeaba, que las tinieblas de la separación los envolvían, y que todos, salvo muy pocos, tomaban de la religión sólo lo referente al mundo; que «se echaban a la espalda las prácticas religiosas, por ligeras y fáciles que fuesen, y las vendían a bajo precio»; «que el comercio y las transacciones les impedían acordarse de Dios Altísimo; que no temían al día en que los corazones y los ojos quedarán confundidos», adquirió la evidencia y se cercioró completamente de que hablarles por el método de la verdad desnuda no era posible; que imponerles, en su manera de obrar, algo superior a la medida [suya] era irrealizable; que la mayor utilidad que el vulgo podía sacar de la ley religiosa se refería sólo a su vida mundana, para pasar tranquilamente la existencia, sin que nadie se les oponga al disfrute de lo que ellos juzgan cosa propia; que no alcanzarían la felicidad de la otra vida, salvo individuos raros y aislados, a saber, «aquellos que quieren la vida futura, que hacen esfuerzos

serios por alcanzarla, y que son creyentes». «Pero el que es impío y prefiere la vida de este mundo [a la futura] tendrá el infierno por morada». ¿Qué mayor pena, qué desgracia más honda que la de quien, examinadas sus obras desde el momento en que se despierta hasta el instante en que se duerme, no encuentra ninguna de ellas que no tenga por objeto alguna de estas cosas sensibles y viles: amontonar riquezas, procurarse un placer, satisfacer un deseo, dar rienda suelta a la cólera, [lograr] un honor que le dé inmunidad, [cumplir] una práctica religiosa con la cual se envanezca o que proteja su persona? «Todo esto no son más que tinieblas en un mar profundo. Y no hay ninguno de vosotros que no entre en él. Esto es, de parte de tu Señor, sentencia decretada».

Cuando comprendió la naturaleza de los hombres, que la mayor parte de ellos son como bestias irracionales, conoció que la sabiduría toda, la dirección y la confianza están en lo que los profetas han hablado y la ley contiene, y nada es posible fuera de esto, ni nada se le puede aumentar; pues para cada acción hay hombres y cada cual es más apto para lo que fue creado. «Tal ha sido la conducta de Dios respecto a aquéllos, que no son muchos. Tú no podrías encontrar en la conducta de Dios ningún cambio».

Encarga Hayy a Salaman y sus amigos que guarden los preceptos de la religión y desiste de instruirles en las ciencias místicas

Se dirigió, pues, a Salaman y a sus compañeros y les dio excusas por las conversaciones que con ellos había tenido, y les pidió perdón por ellas. Les hizo saber que pensaba igual que ellos, que su regla de conducta era la suya.

Les recomendó observar rigurosamente los preceptos tradicionales y las prácticas exteriores, mezclarse poco en las cosas que no les importasen, creer con facilidad las [verdades] oscuras, apartarse de las herejías y de las pasiones, imitar a los antepasados virtuosos y huir de las novedades. Les encargó evitar la negligencia del vulgo respecto a la ley religiosa y su aferramiento a este mundo; los puso en guardia contra el peligro que esto entrañaba. Porque tanto él como su amigo Asal reconocían que esta clase de hombres rebeldes e incapaces no tenían salvación, sino por tal camino; que si se les apartaba de él, llevándolos al plano elevado de la especulación, se turbarían vehementísimamente, sin poder conseguir, no obstante, el grado de los bienaventurados, se agitarían de un lado para otro, estarían trastornados y tendrían un mal fin; mientras que, si perseveraban en su estado actual hasta la muerte, alcanzarían la salvación y serían de los colocados a la derecha. «En cuanto a aquellos que hubieren tomado la delantera, serán colocados los primeros y más próximos [a Dios]».

Asal y Hayy vuelven a la isla desierta y continúan su vida mística

Asal y Hayy se despidieron de ellos, los abandonaron y esperaron pacientemente la ocasión de volver a su isla, hasta que Dios (¡honrado y ensalzado sea!) les facilitó la travesía. Hayy ibn Yaqzan trató de volver a su morada espiritual sublime, por los mismos medios que otras veces, logrando conseguirlo. Asal lo imitó tan bien, que casi alcanzó su nivel. Y los dos adoraron a Dios en esta isla, hasta que les llegó la muerte.

Razones que el autor ha tenido para divulgar este libro

Esto es, hermano (Dios te dé su inspiración), lo que hay de nuevo, respecto de Hayy ibn Yaqzan, de Asal y de Salaman. Abarca [este relato] muchas cosas que no se encuentran

en libro alguno, ni se oyen en las conversaciones corrientes. Es parte de la ciencia oculta, que no alcanzan sino aquellos que conocen a Dios y que sólo quienes le desconocen ignoran. Nosotros nos hemos apartado en esto del camino seguido por nuestros virtuosos antepasados, que ocultaban la [ciencia esta] y eran avaros de ella. Lo que nos ha inducido a divulgar este secreto y a descorrer el velo han sido las opiniones perniciosas aparecidas en nuestro tiempo, dadas a conocer por los filósofos de la época y por ellos manifestadas, hasta extenderse por todos los países y generalizarse el mal que han causado. Hemos temido que las personas débiles de espíritu, que han rechazado la autoridad de los profetas, prefiriendo la autoridad de los necios y de los imbéciles, crean que estas opiniones de [los filósofos] son precisamente las cosas que se deben ocultar a los que no son iniciados, con lo cual se aumenta su afición y su pasión por ellas. Hemos preferido hacer lucir ante sus ojos algunos resplandores del secreto de los secretos, para atraérnoslos al lado de la verdad y apartarlos del camino que siguen. Sin embargo, los secretos que hemos confiado a estas pocas páginas los hemos dejado cubiertos con un velo tenue, que rápidamente lo descorrerán los iniciados, pero que será opaco y hasta impenetrable para los que no merezcan traspasarlo.

Por mi parte, pido a mis hermanos, lectores de este libro, que reciban mis excusas por la llaneza de su exposición y por la libertad en su demostración.

Sólo he obrado así, porque me he elevado a alturas que no están al alcance de la vista y he querido dar sus conceptos aproximados, con el fin de inspirar deseo y amor de entrar en la vía iluminativa. Pido a Dios indulgencia y perdón; y que nos abreve en la fuente de su conocimiento puro, porque Él es bienhechor y generoso. Y sean contigo, hermano mío, a quien estoy obligado a ayudar, la paz, la clemencia de Dios y su bendición.

Fin